307
gajo 5
ra 2

6145

ADMINISTRACION
RICO-DRAMATICA.

LOS LAURELES
DE UN POETA,

DRAMA

EN TRES ACTOS Y EN VERSO,

ORIGINAL DE

LEOPOLDO CANO Y MASAS.

MADRID.
SEVILLA, 14, PRINCIPAL
1878.

3

AUMENTO *á la Adicion al Catálogo de 1.° de Abril de* 1877.

		TÍTULOS.	Actos.	AUTORES.	Prop. que corresponde
		COMEDIAS Y DRAMAS.			
11	6	Almuerzos y comidas—s. o. v.	1	D. Julian Romea.	Todo.
3	2	Amor á la patria—d. o. v.....	1	D.ª Rosario de Acuña...	»
4	2	Caiga el que caiga—j. o. p...	1	D. Eduardo Sz. Castilla.	»
3	3	Casamientos y vice-versa.....	1	Daniel Balaciart.....	»
4	2	Dios aprieta.....	1	J. Velazquez y Schez..	»
		Dimats 13..	1	José Ovara.....	»
3	3	Dos prófugos—p. o. v.....	1	Pascual de Alba....	»
		El agua de San Prudencio....	1	A. M. Ballesteros....	»
»	»	El conde Patrizio.....	1	G. Sanchez Castilla..	»
10	1	El laurel de Virgilio—d. o. p.	1	Ricardo de Medina..	»
1	10	El premio á la virtud-c. o. v.	1	José Olier..	»
		En el Cármen y por Cármen—j. o. v.....	1	Elías Aguirre.	»
3	1	Fuerza mayor.....	1	José Estremera.....	»
3	2	Hay entresuelo.	1	José Estremera.....	»
3	1	Jaula de oro—j. o. p.....	1	R. Lopez del Rio...	»
4	3	Joaquinito—j. o. p..... .	1	M. Rodrigz. Saavedra	»
		La mamá de mi mujer.... ..	1	Eduardo Maza.....	»
		La mirada del muerto.....	1	Valentin Gomez.....	»
6	3	La perla de mi mujer.....	1	C. Gil y Luengo....	»
5	2	Lo que no debe perderse-j. o. p.	1	R. Lopez del Rio....	»
		Los tres novios de la niña....	1	M. Ramos Carrion..	»
4	2	La torre de Talavera.....	1	Eugenio Sellés.....	»
3	1	Otro José—c. o. p.....	1	José de Fuentes.....	»
2	2	Por un anuncio	1	J. G. de Iribarrén...	»
3	2	Prueba palpable—j. a. p.	1	E. Sanchez Castilla..	»
2	1	Receta contra la bilis—c. o. v.	1	José Trinchant.....	»
3	2	Tenorio y Mejía—j. o. v.....	1	Leandro Torromé...	»
2	3	Una y no más—c. a. p.....	1	Ricardo Medina.....	»
		Un aprenent de lletí.....	1	José Ovara.....	»
4	2	Un nido de víboras—c. a. p...	1	José de Fuentes.....	»
2	2	Un uno y un manguito.....	1	F. Serrat y Weylez..	»
6	4	El demonio que lo entienda...	2	C. Gil y Luengo....	»
8	2	El dinero de la lucha—c. a. p.	2	R. Lopez del Río....	»
5	2	El 15 de Febrero—j. o. p....	2	Salvador Lastra.....	»
4	2	Un cuento de niños—c. o. v..	2	Antonio G. Gutierrez.	»
6	2	Un cargo de confianza.....	2	R. Lopez del Rio....	»
5	2	¡Don Martin!.....	3	R. Lopez del Rio...	»
7	5	El chiquitin de la casa—j. a. p	3	M. Pina Dominguez..	»
		El más sagrado deber—d. o. v.	3	Leopoldo Cano.....	»
3	3	Enseñar al que no sabe-c. o. v.	3	Leandro A. Herrero.	»
5	2 a.	Ethelgiva.....	3	D.ª Elisa de Luxán.....	»
		Fueros y Germanías, ó el en-			

LOS LAURELES DE UN POETA,

DRAMA

EN TRES ACTOS Y EN VERSO,

ORIGINAL DE

LEOPOLDO CANO Y MASAS.

Representado por primera vez en el Teatro ESPAÑOL el 13 de Febrero de 1878.

MADRID.
IMPRENTA DE JOSÉ RODRIGUEZ.—CALVARIO, 18.
1878.

PERSONAJES.	ACTORES.
MARÍA	SRTA. CONTRERAS.
DOÑA AMOR	SRA. FENOQUIO.
SOR MAGDALENA	SRTA. GONZALEZ.
DON PABLO	SR. VALERO.
JUSTO	PARREÑO.
LUIS	RODRIGUEZ.
ERNESTO	LUNA.
CARLITOS	PEÑA.
ANTONIO	ALISEDO.
EL ESCRIBANO	BARTA.
UN ACTOR	MAZZOLI.
UN GUARDA	SANJUAN.

Poetas, amigos de don Pablo y dos alguaciles.

La escena en la época actual.—Lugar de la accion; una casa del barrio de Chamberí.—Tiempo; de la una de la tarde hasta las dos de la madrugada siguiente.

NOTA.—Los versos marcados con un asterisco se suprimieron en el estreno de esta obra.

Esta obra es propiedad de su autor, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España y sus posesiones de Ultramar, ni en los países con los cuales haya celebrados ó se celebren en adelante tratados internacionales de propiedad literaria.

El autor se reserva el derecho de traduccion.

Los comisionados de la Administracion Lírico-Dramática de DON EDUARDO HIDALGO, son los exclusivamente encargados de conceder ó negar el permiso de representacion y del cobro de los derechos de propiedad.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

AL EMINENTE ACTOR

DON JOSÉ VALERO,

su entusiasta admirador

Leopoldo Cano y Masas.

608727

ACTO PRIMERO.

Sala, de la época actual, decentemente amueblada. Á la izquierda, en primer término, una puerta con verja de hierro y cierre de cristales, que conduce al jardin; en segundo término una ventana. Á la derecha dos puertas; la primera conduce al cuarto de D. Pablo y la segunda á un pasillo. En el foro la puerta principal y á la izquierda de esta un piano. Una mesa con pupitre y recado de escribir, un sofá, un retrato de fotografía colgado cerca de la puerta del jardin, sillas y un velador, encima del cual habrá un florero. Al levantarse el telon Doña Amor acaba de tocar en el piano el *Maledetto* de Lucía de Lammermoor. Don Pablo figura dictar á María, que está escribiendo, y da á entender con gestos de impaciencia que Doña Amor le distrae con la música.

ESCENA PRIMERA.

D. PABLO, MARÍA y DOÑA AMOR.

PABLO. (Cuando cesa de tocar Doña Amor, dice frotándose las manos con satisfaccion.)
Aquí llaman al autor.
Celeste huye con su amante,
y el padre... (esto es lo importante)
muere á manos del raptor. (Dictando á María.)

«Don Juan, con voz estridente:
»¡Piedad de la que me infama?
»Ella: está loco quien ama
»y el loco no es delincuente.»
La cosa es nueva, imprevista.

MARIA. ¡Tremenda!

PABLO. Pero eso gusta.
Ya el público no se asusta
de ver un drama realista.

AMOR. ¡Realista?

PABLO. Sí, así se llama.

AMOR. Me gusta eso del realismo.
Si es cosa de absolutismo
de fijo es muy bueno el drama.

PABLO. Usted siempre liberal.

AMOR. ¡Calle usted, por compasion!
Yo quiero órden, religion,
y sobre todo, moral.
(Toca unos campases de un can-cán muy conocido.)

PABLO. No digo que no, señora.

MARIA. ¿Continuamos? (Á D. Pablo.)

AMOR. ¡Ay don Pablo!
Parece que inspira el diablo
á los que escriben ahora. (Con impaciencia.)

PABLO. ¿Sí?

AMOR. Y usted es el peor.
¡Cómo trata al pobre mundo!
¡Qué severo! ¡Qué iracundo!
¡*Oh Dío*! Pues, ¿y el pudor?...

PABLO. Qué quería usted?

AMOR. ¿Yo? Nada.

MARIA. ¿Continúo la escritura?

AMOR. Con esta literatura
anda una escandalizada.
¡Cada estreno una explosion;
cada frase un sinapismo!

PABLO. Todos odian mi realismo
y vuelven á la funcion.

MARIA. ¿No acabamos esta escena
del segundo acto del drama?

PABLO. (Como tomando el hilo del diálogo que iba dictando á María.)

Bien. «Está loco quien ama
»y el loco no tiene pena.»
(Dictando.) «Don Juan.»
(María vuelve á escribir y Doña Amor empieza á tocar el *Maledetto*; pero de modo que pueda oirse la conversacion de Pablo con María.)
¿Qué dice? ¡Ah! «¡Maldito
»sea el instante... (no)... el dia...»

MARIA. Papá ¡si eso es de Lucía!

PABLO. ¡Qué cabeza de chorlito!
Con la música es en vano
molestarse. Doña Amor,
si me hiciera usté el favor
de cerrar ese piano...

AMOR. Pero si yo no me meto
en nada.

PABLO. Usted no se mete,
pero con esta van siete
raciones de *Maledetto*
y me está volviendo loco
esa música infernal.
(Se levanta con impaciencia.)

AMOR. (Ap.) (No sabe que es la señal.)
(Cierra el piano y se acerca á María.)

MARIA. (¿Y Ernesto?) (Ap. á Doña Amor.)

AMOR. (Ap. á María.) (Tardará poco.)
(Alto.) ¿Qué decia usted, don Pablo?
La música es mi consuelo.

PABLO. Que se me va el santo al cielo
y me está llevando el diablo!
Tengo que acabar el drama.
Mañana mismo se estrena
y he de variar una escena
para matar á la dama.

AMOR. ¡Matarla!

PABLO. Es muy natural
y está muy puesto en razon.

AMOR. ¿Tan mal hace la funcion
que hay que matarla al final?

MARIA. En la tragedia realista
que tantos lauros obtiene,
ya sabe usted que es *de ene*

matar al protagonista,
que es el galan... ó la dama.

AMOR. Ó la compañía toda.
Con el tiempo será moda
matar al autor del drama.

PABLO. ¡Señora!

AMOR. ¡Jesús, qué horror!
¡Qué poetas!

PABLO. Más...

AMOR. No insisto.
Al fin y al cabo: «Á mal Cristo
mucha sangre.»

PABLO. ¡Doña Amor!
¿Me deja usté ó no me deja?
que tengo que ir al ensayo.
(Ap.) (No habrá en las nubes un rayo
para quemar á una vieja?)

AMOR. (Sentándose lejos de la mesa.)
Bien, ya me callo.

PABLO. (Dictando á María.) «Don Juan
con el puñal levantado...»

AMOR. ¿Puñalito ensangrentado?
(Ap.) (De misas te lo dirán.)

PABLO. ¿Otra vez? ¡Voto á Luzbel!

AMOR. Señor don Pablo...

PABLO. (Levantándose.) Estoy harto.
Voy á encerrarme en mi cuarto.
Allí hay tintero y papel...
(Á Doña Amor.)
y hágame usted el favor
de no tocar.

AMOR. Bien, ya sé...

PABLO. No más concertante de
Lucía de Lammermoor.

MARIA. (Á Doña Amor.)
¿Ve usted? Ya se ha incomodado.

AMOR. Señor don Pablo, yo siento...

MARIA. (Acercándose á D. Pablo con cariño.)
Tan alegre hace un momento
y otra vez triste y airado!
¡Cascarrabias!

PABLO. Hija mia.

Esta vez tengo motivo.

MARIA. Tu genio huraño y esquivo;
tu constante hipocondría.
Confiesa que es especial
y rara tu condicion.

PABLO. Hija...

MARIA. ¿Cuál es la razon
de tu genio desigual?
Tú; el fuerte atleta que lidia
con las armas de la idea
despreciando en la pelea
los rugidos de la envidia;
tú, el invencible, que tienes
por esclava á la victoria,
pues sólo teje la gloria
coronas para tus sienes;
tú, que aplicando la llama
de la sacra inspiracion,
arrancas una explosion
de delirio á cada drama;
cuando aplausos y loores
que al cielo eleva la gente,
descienden sobre tu frente
como una lluvia de flores;
cuando la voz del actor
vida á tus obras imprime
y alcanzas la más sublime
aspiracion de un autor
¿por qué ante el laurel preciado
te quedas torvo, ceñudo
y, como una tumba, mudo,
misterioso, triste, helado?
La gloria va de tí en pos;
alégrate porque te ama.
El que no adora su fama
de seguro no ama á Dios.

PABLO (Sombrío.) Jamás del sepulcro frio
turbes la solemne calma.
Nunca te asomes á un alma,
que es un abismo sombrío
y en su misterioso seno
pudieras ver con espanto

furioso raudal de llanto
que ruge en cárcel de cieno.

MARIA. (Á Doña Amor.) Al escuchar á papá
cualquiera imaginaría
que ha sido malo.

PABLO. ¡María!
No hables de eso. Basta ya.

MARIA. Si te hablé con imprudencia
por cariño fuí culpable.

PABLO. (Ap.) (¡Oh, qué juez tan implacable
lleva el hombre en su conciencia!)

AMOR. ¿Qué siente usted?

PABLO. Fué un valido.

AMOR. Trabaja usted demasiado.

PABLO. (Á María.) Vete á ver lo que he comprado.
La modista te ha traido
vestidos para elegir.

AMOR. Veremos si son de moda.

PABLO. Ya verás qué ajuar de boda.

AMOR. *Trouseau* querrá usted decir.

PABLO. Ajuar, señora.

AMOR. *Trouseau.*

PABLO. En castellano...

AMOR. ¡Qué tema!
Trouseau decimos la *crema*
de la gente *comm'il faut.*

PABLO. Como usted guste. (Á María.) Confío
en que será de tu gusto.

MARIA. ¡Mi ajuar de boda con Justo!

PABLO. Con Justo, sí.

MARIA. (Ap.) (¡Ernesto mio!)
(Alto.) ¿No se podría aplazar
mi enlace?

PABLO. No. Ya te he dicho
que no accedo á ese capricho.
Hoy Justo debe llegar
exigiendo el cumplimiento
de la palabra empeñada.

MARIA. (Mirando al cielo.)
¡Oh, madre!

PABLO. Su mano helada
en aquel triste momento

vuestras manos reunió.
Quiérele mucho, María,
te dijo. «Sí, madre mia,»
respondiste y espiró.

MARIA. Juré amar y ser constante.

PABLO. Y no prometiste en vano.

AMOR. (Ap.) (Lo mismo que aquel enano
que juró ser un gigante.)

PABLO. Justo es honrado.

MARIA. Eso sí.

PABLO. Algo rígido y adusto.

AMOR. Buen nombre de novio; Justo.

PABLO. Te hará feliz.

MARIA. (Ap.) (¡Ay de mí!)

PABLO. ¿Suspiras?

MARIA. ¡Padre!

PABLO. Ya sé
lo que vas á contestarme;
que tu boda ha de dejarme
solo y triste. Y ¿qué lo haré!

MARIA. Pero...

AMOR. (Ap.) (Esta gente discreta
dice cada tontería...)

PABLO. No tengas miedo, María.
Nunca está solo un poeta;
que, á veces y en un segundo,
el espacio de la mente
encierra mucha más gente
de la que cabe en el mundo.
Ora un tropel agitado
con alegre vocería;
(Tristemente.)
ora una idea sombría...

AMOR. (Interrumpiéndole y con tono burlon.)
Ó un espectro ensangrentado.

PABLO. ¡Oh! (Como asaltado por un recuerdo terrible

MARIA. ¿Qué tienes?

PABLO. (Ap.) (¡Magdalena!
¡Qué cruel es la memoria!
Ya en la noche de mi historia
ha despertado la hiena.)

AMOR. Pero ¿qué le pasa á usted?

PABLO. Nada.
MARIA. Sí. Estás demudado.
AMOR. No, pues usted se ha quedado
más blanco que la pared.
PABLO. ¡Dejadme! (Con enojo.)
MARIA. ¿Otra vez ha vuelto
tu negra melancolía?
PABLO. ¡Idos, pronto! (Colérico.)
AMOR. Ven, María.
(Ap.) (Este hombre es un loco suelto.)
(Vánse por el foro María y Doña Amor.)

ESCENA II.

D. PABLO solo; despues JUSTO.

PABLO. ¡Cinco años de expiacion
y aún con ruda vibracion
el nombre de Magdalena
fúnebremente resuena
dentro de mi corazon!
¡Terrible momento aquel!
Aún el pensamiento fiel
reproduce la belleza
que manchó con su impureza
el aliento de Luzbel!
...Era á la orilla del Sena.
De la hermosa luna llena
los rayos palidecían
de envidia, porque lucían
los ojos de Magdalena.
¡Ojos de mirada impura!
Á vuestra pupila oscura
y con espantosa calma
se asomaba toda su alma
para ver mi desventura.
«Por tu amor fuí criminal,»
me dijo. «De mi rival
»no serás feliz marido,
»pues, si tu víctima he sido,
»desde hoy seré tu dogal.»
Yo la supliqué de hinojos

con lágrimas en los ojos...
Lanzó una risa insultante;
su mano hirió mi semblante
y me erguí loco de enojos.
Despues... ¡espantosa escena!
Así airado á Magdalena,
un gemido resonó
y un cuerpo se desplomó
en la corriente del Sena.
Oí crugir la onda fria
bajo el cuerpo que se hundía;
la sombra tendió su manto
y como un raudal de llanto
sentí que el agua caia.
Á la justicia temí;
toda la noche corrí
y en vano me apresuré,
pues el juez conmigo fué
y siempre le llevo aquí.
(Señala al corazon.)
En vano el tiempo ha pasado.
Cuando el laurel codiciado
á mis sienes he ceñido;
cuando el aplauso nutrido
del público entusiasmado
saluda al feliz autor,
dominando su clamor
vibra un acento divino
y oigo gritar...

JUSTO. (Ha salido por la puerta del foro y, ahuecando la voz como para dar una broma á D. Pablo, dice:)
¡Asesino!
(D. Pablo da un grito de terror.)
Dios salve al apuntador.
¿Cuántos mueren en escena?
(Suelta una carcajada.)

ESCENA III.

D. PABLO y JUSTO.

PABLO. (Ap.) (¡Oh!)

JUSTO. (Alegremente.) Si hay por medio un delito
aquí está el juez del distrito
que llega de Cartagena.
¿Usted bien?... Mucho me alegro.
¡Uf, qué gesto avinagrado!
¿Ántes que me haya casado
pone usted cara de suegro?

PABLO. ¡Justo!

JUSTO. Injusto digo yo. (Abrazándole.)
Apriete usted. ¡Voto va!
¿Y María?

PABLO. (Disimulando.) Adentro está.
¿Vienes de la estacion?

JUSTO. No.
Verá usted. Desde el anden
me han llevado al Ministerio;
ví al ministro, un señor sério
con cara de... hombre de bien.
Deme usted la enhorabuena.
De esta hecha soy magistrado.
No en balde un juez ha viajado
de Madrid á Cartagena.

PABLO. Lo celebro.

JUSTO. ¿Soy yo manco?
Ya sabe usted la cuestion
de la falsificacion
de los billetes del Banco.

PABLO. No.

JUSTO. Sabrá usted por lo ménos
que apenas se ha emitido
billetes y ya han salido
los falsos tras de los buenos.

PABLO. ¿El que falsifica es brujo?

JUSTO. Eso sí que no lo sé.

PABLO. Si copia lo que no ve...

JUSTO. Es que *presiente* el dibujo.
Yo me propuse llegar
á conocer algun dia
al artista que tenía
la gracia de adivinar.

PABLO. ¿Lo has logrado?

JUSTO. No señor,

pero estoy muy en camino.
Tambien soy algo adivino
cuando busco á un malhechor.
(Movimiento de D. Pablo.)
Nombrado juez especial
de los falsificadores,
he jugado á esos señores
una treta original.

PABLO. ¿No son cuestiones secretas?

JUSTO. Ya se pueden referir,
Hoy iba el Banco á emitir
billetes de á mil pesetas.

PABLO. No sé dónde lo he leido.

JUSTO. Pues no se hará la emision.
Ha poco y por mi gestion
el Banco la ha suspendido.
Sé, por datos reservados,
que preparados están
y hoy mismo circularán
billetes falsificados.

PABLO. La suspension imprevista
¿qué resultado promete?

JUSTO. Seguir la pista á un billete
hasta dar con el *artista*.
Sospecho que es un bribon
cuyo autógrafo poseo.

PABLO. Y ¿le conoces?

JUSTO. Tal creo,
mas no tengo conviccion
material, y necesito
una prueba terminante
para coger al tunante
en fragrante del delito.
Mas del novio de María
se olvida el juez especial.
¿Qué quiere usted? Cada cual
tiene su monomanía.
Yo recorriendo esos mundos
y fisgando los presidios;
usted haciendo homicidios...

PABLO. ¿Qué? (Sobresaltado.)

JUSTO. En sus dramas tremebundos.

¿Y mi futura? Deseo
ver cuánto se ha mejorado.

PABLO. No mucho.

JUSTO. ¿No la ha probado
su escursion al Pirineo?

PABLO. Tomó sin formalidad
las aguas. Quedó con ella
doña Amor.

JUSTO. ¡Amor doncella?

PABLO. El aya.

JUSTO. ¿Otra novedad?

PABLO. Si está en casa ya hace un mes.

JUSTO. María nada me ha dicho
en sus cartas.

PABLO. Tal capricho
tenía de hablar francés,
y el inglés y el italiano,
que la busqué esa señora.

JUSTO. Y ¿adelanta mucho?

PABLO. Ahora
ya no habla ni el castellano.

JUSTO. ¿Y Luis?

PABLO. (Con indiferencia.) No lo sé. En la cama
supongo.

JUSTO. ¡Si ya es la una!
¿Juega?

PABLO. Con poca fortuna,
segun creo.

JUSTO. Usted no le ama.

PABLO. ¿Eso crees?

JUSTO. ¡Voto á tal!

PABLO. ¿Qué he de hacer si es jugador?

JUSTO. ¡Matarle!

PABLO. Eso es lo mejor
Tú siempre tan radical.

JUSTO. Matarle si es necesario,
eso he dicho y lo repito,
ántes que llegue al delito
y concluya en presidiario.

PABLO. Luis es un hombre de honor.

JUSTO. ¿Tiene honor? Habrá ganado,
que en la carta que ha apuntado

pone su honra el jugador.
*Primero lo suyo juega,
*despues le ofrecen dinero,
*y despues se hace fullero
*y pide y la deuda niega,
*y despues, si pierde más,
*roba en hallando ocasion.
*De un jugador á un ladron
*no suele haber más que un as.
*En mi oficio lo he aprendido,
*es, quien se acerca al tablero,
*al sentarse un caballero,
*al levantarse un bandido.
Despues de mi larga ausencia
hallo á Luis harto cambiado.

PABLO. En vano le he predicado.

JUSTO. Tardía es la providencia.

PABLO. ¿Por qué?

JUSTO. Porque la locura
de tan precoz disoluto,
quizás sea amargo fruto
de cierta literatura.

PABLO. Esperaba el varapalo.
Yo del vicio soy censor.

JUSTO. Tal pinta usté el deshonor
que da gana de ser malo.

PABLO. Todo lo que es criminal
en mis dramas censuré.

JUSTO. En los que yo le silbé
tiene el vicio un pedestal.

PABLO. ¿Me silbas?

JUSTO. Siempre un silbido
en los estrenos se escucha;
como la algazara es mucha
no es por todos advertido,
más yo un deber, de esa suerte,
cumplo puntual, triste y grave.

PABLO. ¿Con que me silbas!

JUSTO. Con llave
para que suene más fuerte.
Yo tengo un gusto muy raro,
y el realismo que está en moda

no me agrada.

PABLO. ¿Te incomoda
que el poeta cante claro?
El teatro ¿ha de ser templo
donde en latin se declame?

JUSTO. No ha de ser lugar infame
donde se dé mal ejemplo.

PABLO. Los pueblos no se redimen
poniendo mordaza al genio.

JUSTO. Ni mirando en el proscenio
la apoteosis del crímen.

PABLO. Cuando hay un cáncer social
y es necesario el cauterio,
no basta con el misterio
hipócrita y criminal;
no basta torpe envoltura
que al mundo oculte la llaga,
porque así el mal se propaga,
porque así el mal no se cura.
Hay que acudir al momento
y operar resueltamente
aunque le duela al paciente.

JUSTO. Oiga usted, que va de cuento.
Un médico Dulcamara,
extranjero de nacion,
fijó cierto cartelon
con letras de media vara,
que entre los desocupados
produjo mil discusiones.
Decía entre admiraciones:
«¡¡Se enderezan jorobados!!
»Por más deformes que esten
»al momento han de curar.
»¡Dos minutos! Sin cortar.
»Gratis si no sale bien.
»He corrido el mundo entero
»haciendo la curacion
»sin verme en la precision
»de devolver el dinero.»
Entre la gente burlona
que tomó la cosa á fiestas,
uno, que llevaba á cuestas

la mitad de su persona,
á casa del curandero
se encaminó decidido
pensando: «Nada hay perdido
«si me devuelve el dinero.»
No tuvo que esperar mucho
y reparando al entrar
que el médico sin hablar
empieza á hacer un cartucho:
«¿Conque usted jorobas quita?»
le pregunta.—«Ciertamente.»
«—Y cómo?—Muy fácilmente.
»Las vuelo con dinamita
»y, como dice el letrero,
»terminada la explosion
»nunca tengo precision
»de devolver el dinero.»
Al ver tal falta de juicio
toma el lisiado la puerta,
y, apenas la ve entreabierta,
estrujándole entre el quicio
y la hoja el doctor loco,
le ponía en grave aprieto
gritando: «Estése usted quieto
«que ya *nos* falta muy poco!»
De cuatro en cuatro escalones
bajó el otro á la carrera,
huyendo de la manera
de quitar imperfecciones,
mientras el sabio irritado
gritaba: «¡Al diablo el beodo!
¿Cree usted que hay otro modo
«de enmendar un jorobado?»
Curanderos eminentes
de las jorobas sociales
emplean medios iguales
reventando á los pacientes,
y dicen con fatuidad
que la joroba se quita
sin ver que es su dinamita
peor que la enfermedad.

PABLO. (Amoscado.) Tú vienes muy decidor

y tengo mucho que hacer.

JUSTO. Entónces hasta más ver.

PABLO. Hasta luégo.

JUSTO. Adios, autor.

ESCENA IV.

JUSTO, solo.

Con el Código delante
se puede mandar al palo
á un hombre cuando es tan malo
que da muerte á un semejante;
pero no hay pena bastante,
atendiendo á la equidad,
para la negra maldad
del que alevoso y artero
con una pluma de acero
destruye una sociedad.
(Antonio llega por el foro.)

ESCENA V.

JUSTO y ANTONIO.

JUSTO. ¡Antonio!

ANT. ¿Usted por aquí?
Sea muy enhorabuena.
¿Viene usted?...

JUSTO. De Cartagena.

ANT. Yo tambien estuve allí.

JUSTO. ¿Tú fuíste sin duda?...

ANT. Atado.

JUSTO. ¿Cómo, atado?

ANT. Corto y fuerte.

JUSTO. ¿Por qué?

ANT. Por mi mala suerte!

JUSTO. ¿Con que has sido confinado?

ANT. No mude usted la opinion
que tiene de mi honradez.

JUSTO. ¿Por qué te condenó el juez?

ANT. Por tener educacion.

JUSTO. No creí que era delito
ser cortés.
ANT. Ni yo tampoco.
JUSTO. ¿Pero el juez estaba loco?
ANT. Escuche usted, señorito.
Maté á mi madre... al nacer,
murió mi padre del susto,
mis abuelos de disgusto,
mis tutores de placer.
Una anciana, en la miseria,
me recogió.
JUSTO. Y ¿te lactaba?
ANT. Con la leche que sobraba
en el café de la Iberia.
Pasó el tiempo y me hallé tal
por desventurado y feo,
que un dia dije: «¡Á paseo!
«Voy á tirarme al canal.»
Al llegar á la pradera
ví una señora muy maja
que me pidió la navaja
para mondar una pera.
Accedo á la peticion;
ella cierra el abanico
y exclamando; «¡Adios, Perico!»
se atraviesa el corazon.
JUSTO. ¡Canario!
ANT. Precisamente
con un grito involuntario
yo tambien dije: ¡Canario!
Pido auxilio; llega gente;
acude la Autoridad,
me interroga, escandaliza,
y me pega una paliza
por mera formalidad.
Tomada esta providencia
me llevan al Saladero;
llegan dos con un tintero,
forman causa, va á la Audiencia;
allí el fiscal demostró
que la navaja era mia,
que la pera no existía,

que la señora murió
y que el Código por mil
razones á cual más buena,
me condenaba á la pena
de muerte en garrote vil.
Su elocuencia extraordinaria
empleó mi defensor
y me condenaron por
imprudencia temeraria,
pues mi navaja al prestar,
debí exigir que exhibiera
la señora aquella pera
que pretendía mondar,
y ahí ve usted por qué razon
á causa de aquel suicidio
me mandaron á presidio
por tener educacion.

JUSTO. ¡Es posible? (Con sorna.)

ANT. ¿Usted se asombra?

JUSTO. (Ap.) (Pues señor, este es un tuno.)

ANT. No hay en el mundo hombre alguno
que tenga más mala sombra.
Manco queda de repente
aquel á quien doy la mano.
Si grito: ¡Viva fulano!
se muere al dia siguiente.

JUSTO. Pues con esa condicion
es peligroso un criado.
Ántes que me haya casado
presenta la dimision.
(Ap.) (¡Tener un criado así!...)

ANT. Pero...

JUSTO. (Ap.) (Don Pablo está loco.)
(Alto.) Déjame.

ANT. (Ap.) (Dentro de poco
te vas á acordar de mí.)

(Váse por el foro derecha. Doña Amor llega por el foro izquierda.)

ESCENA VI.

JUSTO y DOÑA AMOR, despues ANTONIO.

AMOR. *Bon jour.*
JUSTO. (Ap.) (¿Quién será esta arpía?)
(Alto.) Señora...
AMOR. ¿Á quién tengo el gusto?...
JUSTO. Soy Justo.
AMOR. ¡Don Justo?
JUSTO. Justo.
AMOR. ¿El futuro de María?
JUSTO. ¿Dónde está?
AMOR. Ya viene. Ha ido
con la modista al *boudoir.*
(Pronúnciese buduar.)
JUSTO. ¿Qué!
AMOR. Al... tocador á *ensayar.*
JUSTO. ¿Cómo?
AMOR. Á... probarse un vestido.
JUSTO. ¿Usted es?...
AMOR. La *institutriz.*
JUSTO. ¡Qué galicismo! Señora,
la que instruye es *instructora.*
AMOR. (Ap. con desprecio.)
(Este hombre es un infeliz.)
(Alto.) Yo enseño á María...
JUSTO. Pues...
(Ap.) (Á destemplar el piano,
á destrozar castellano
y á chapurrear inglés.)
AMOR. Yo aprendí por aficion.
Mi papá era...
JUSTO. ¿Un intendente?
AMOR. Sí señor; precisamente.
JUSTO. Me lo daba el corazon.
AMOR. Yo era jóven y...
JUSTO. (Ofreciéndola una silla.) Un momento.
(Ap.) (Esto promete ser largo.)
AMOR. ¿Comprende usted?
JUSTO. Me hago cargo.

Podemos tomar asiento.

AMOR. ¿Se burla usted?

JUSTO. Si estoy sério...

AMOR. Treinta cumplo por Abril

JUSTO. ¿Treinta? Ya, sí...
(Ap.) (Treinta mil.)

AMOR. Nací cuando...

JUSTO. (Ap.) (El Megaterio.)

AMOR. ¿Decía usted?...

JUSTO. Poca cosa.

AMOR. Murieron Papá y Mamá
y quedé huérfana.

JUSTO. ¡Ya!...

AMOR. (Con ridícula coquetería.)
y, segun dicen, hermosa.

JUSTO. (Ap.) (Efecto de perspectiva.)

AMOR. Yo era una flor. Sí señor.

JUSTO. Y áun es usted una flor

AMOR. *I thank you* (1).

JUSTO. (Ap.) (La siempreviva.)

AMOR. Casé con Diego Centella;
un Teniente. Era un valiente

JUSTO. (Ap.) (Muy valiente era el Teniente
cuando se atrevió con ella.)

AMOR. Murió de rabia.

JUSTO. ¡Habrá tal?...
¿Algun perro?

AMOR. ¡Pobre Diego!
Porque oyó el himno de Riego.

JUSTO. ¡Si sería liberal!

AMOR. Yo, como la golondrina,
emigré...

JUSTO. ¿Al suelo africano?

AMOR. Crucé el país italiano
cantando...

JUSTO. ¡Ya! (Ap.) (¡Partiquina!)

AMOR. De ovacion en ovacion
en teatros principales

---

(1) Frase inglesa que significa: Gracias. Léase: Ai zenc iú.

acabé al fin...

JUSTO. (Haciendo señal con la mano.) ¿Sin dos reales?
Lo presentí.

AMOR. Y con razon.
Ahí tiene usted, caballero,
mi procedencia y mi historia.

JUSTO. Poco *trigo* y mucha gloria.

AMOR. (Ap.) (Este cursi es muy grosero.)
(Alto y con zalamería.)
Es natural que suponga,
aunque se case María,
que iré...

JUSTO. Usted, señora mia,
se irá...

AMOR. Pues...

JUSTO. Donde disponga.

AMOR. Á su lado.

JUSTO. ¿Para qué
intenta usted molestarse?

AMOR. Aún necesita educarse.

JUSTO. Pues bien, yo la educaré.

AMOR. ¿Con que?...

JUSTO. Nos escribiremos
á menudo.

AMOR. ¡*Poverina*!

JUSTO. Otra vez la golondrina
pasajera.

AMOR. (Ap.) (Lo veremos.)

JUSTO. (Id.) (Estaba ya la langosta
en estado de mosquito.)

AMOR. (Id.) (Tú no sabes, pobrecito,
que andan moros en la costa.
¡Y este será liberal
de seguro!)

JUSTO. (Con llaneza.) Ciudadana...

AMOR. ¡Jesús! (Escandalizada.)

JUSTO. Pasado mañana
se canta el aria final.

AMOR. (Se inclina en señal de asentimiento y dice aparte:)
(Si otro no ocupa tu puesto.)

JUSTO. ¿Y María?

AMOR. Sale ahora.

¡Qué hermosa está! ¡Seductora!
(Afectando indiferencia.)
Es lo que decía Ernesto.

JUSTO. ¿Ernesto? Y ese, ¿quién es?

AMOR. (Siempre con fingida indiferencia.)
Un amigo de María.
¿Usted no le conocía?

JUSTO. ¿Y ella?

AMOR. Sí, desde hace un mes.

JUSTO. (Inquieto.) Hace un mes?

AMOR. En Panticosa,
al ver como mejoraba,
la decía que brotaba
entre la nieve la rosa.

JUSTO. Es moderno el madrigal.

AMOR. ¿Verdad?

JUSTO. Á su esposa fiel
Adam se lo dijo en el
Paraíso terrenal.

AMOR. (Como variando la conversacion y abanicándose.)
¿Ha visto usted qué calor?
¡*Oh Dio*!

JUSTO. (Preocupado.) Ese caballero
¿es casado?

AMOR. No; soltero
y un hábil patinador.

JUSTO. ¿Patina?

AMOR. Cómo un inglés.
y es cubano... y muy gracioso...
y muy rico, poderoso;
un nuevo Edmundo Dantés.
On devine parfaitement
qu'il aime beaucoup le confort,
le skating-ring et le sport.
(Pronúnciese en francés é inglés las palabras de cada idioma.)

JUSTO. No entiendo jota.

AMOR. ¡*Vraiment*?
(Pronúnciese en francés.)
Todo el mundo le conoce,
y eso que vino hace poco.

JUSTO. (Ap.) (¿Qué me importa? Soy un loco.)

AMOR. (Como variando maliciosamente la conversacion.)
¿Conque el tren llegó á las doce?
JUSTO. Ántes.
AMOR. ¿Tomó usted carruaje?
Esto está tan lejos?
JUSTO. (Distraido.) Sí.
AMOR. ¿Mucho polvo? Es claro. Allí
puede usted cambiar de traje.
(Señala hácia el foro izquierda.)
Voy á llamar á María
mientras usted se refresca
un poco. (Ap.) (Prendió la yesca.)
(Al marcharse derriba intencionadamente el florero que está sobre un velador.)
Hasta luégo. ¡Madre mia!
El florero.
JUSTO. ¡Qué!
AMOR. (Sacudiendo el vestido.) ¡Me he puesto
perdida! Auxilio reclamo.
(Justo recoge el florero y le pone sobre la mesa.)
Merçi bien.
JUSTO. ¡Precioso ramo!
AMOR. (Con intencion y fingiendo indiferencia.)
Nos le ha regalado Ernesto.
(Señalando desde la puerta del foro.)
Aquella es la habitacion.
JUSTO. (Ap.) (¿Serán justos mis recelos?)
AMOR. ¿Decía usted?
JUSTO. Nada.
AMOR. (Ap.) (¿Celos?
Que rabie el muy cursilon.)
ANT. (Sale por el foro.)
Ahí pregunta por usté
un señor *desgobernado*
que dice que está empleado
en Gobernacion.
JUSTO. Ya sé.
ANT. ¿Qué le digo?
JUSTO. Hazle pasar
y dile que voy ahora
mismo al despacho.
(Saludando á Doña Amor.) Señora...

(Váse por el foro.)

AMOR. *Au plaisir de vous revoir* (1).
¿Otra vez la golondrina?...
Entre bobos anda el juego.
(Al ver á María, que llega por la segunda puerta de la derecha, se sienta delante de la mesa, coge el manuscrito del drama de D. Pablo y se pone a leer.)
¡Ella! (Leyendo la portada del drama.)
«¡Corazon de fuego!»
(Ap.) (Con fuego salta la mina.)
(Leyendo.) «Deber, religion, honor...
»¡pobres colosos de hielo!
»paso á los rayos del cielo,
»paso al torrente de amor.»
(María se acerca y escucha los últimos versos.)

ESCENA VII.

MARÍA y DOÑA AMOR.

MARIA. ¡Oh!
AMOR. ¡Jesús! Me has asustado.
MARIA. ¿Qué hace usted?
AMOR. Estoy leyendo
este drama de tu padre.
MARIA. ¿Cuál es?
AMOR. «Corazon de fuego.»
Es el que estabas copiando.
Me ha enternecido. ¡Qué versos!
Una niña como un ángel;
un novio rico y apuesto;
un padre que es un tirano
y elige á un *cursi* por yerno.
¡Qué cosas dice la pobre
Celeste!
MARIA. Sí, ya recuerdo,
(Doña Amor coge el manuscrito y se dispone á leer.)

---

(1) Léase: ó plesir de vu revuar.

por desgracia.

AMOR. Pero el drama,
¿no es de tu padre?

MARIA. Por eso.
Dormía mi alma tranquila
con ese apacible sueño
de los niños y la aurora
que despiertan sonriendo.
Era en la infancia, ese limbo
de la vida en que creemos
que es el mundo luz, aromas,
oro, azul, cariño y besos.
De la lira de mi padre
á los acordes siniestros,
un dia despertó el alma;
encontrando un libro abierto
quemó sus alas de rosa
sobre palabras de fuego
y, mariposa sin alas,
vió el abismo y sintió el vértigo.
Leve, informe, inquieto y vago
brotó el amor de mi pecho
como el giron de neblina,
entre flores prisionero
se eleva vertiendo lágrimas
de la aurora al rayo trémulo.
Hoy es nubarron sombrío
y ocultos lleva en el seno
tantos rayos, que podría
abrasar el universo.
Hoy prorumpe en un rugido
mi corazon soñoliento,
que el corazon, como el tigre,
se despereza rugiendo.

AMOR. ¡Qué agitacion! ¡Ay, qué hombres!
¡Cuánto sufrimos con ellos!

MARIA. Soy muy desgraciada. (Llora.)

AMOR. Vamos.
Pero no llores por eso.
¿Has visto á Ernesto?
(María la entrega una carta que saca del bolsillo.)
¿Una carta?

Y ¿la has leido? Mal hecho. (Se pone á leer.)
¡*Fi donc*! ¡Quitarse la vida!
Y será capaz de hacerlo.

MARIA. Lea usted más adelante.

AMOR. (Despues de volver la hoja de la carta.)
Ménos mal. Hay un remedio.
(Lee.) «En ese ramo de flores
»hay otro de pensamientos.
»Si estás decidida *á todo*,
»con esos labios de fuego
»evapora en sus corolas
»las lágrimas de tu... Ernesto.»

MARIA. ¡Dios mio!

AMOR. (Coge, del ramo de rosas que Justo puso sobre la mesa, un ramito de pensamientos y se le entrega á María.)
Y aquí está el ramo.
Toma, por si acaso.

MARIA. (Despues de vacilar, toma el ramo y se le pone en el pecho.)
¡Cielos!

AMOR. Si te decides á todo,
ya sabes la seña, un beso
en el ramito.

MARIA. ¡Oh, qué lucha!

AMOR. Mas ¿qué tienes?

MARIA. ¡Que me muero!

AMOR. Las aguas de Panticosa
te han producido un acceso
al corazon; mas se cura
con cierto procedimiento
que explica papá en su drama.

MARIA. ¿Cuál es?

AMOR. Si mal no recuerdo
es una ley que la llaman...
sí... de *disenso paterno*.

MARIA. Y eso ¿qué es?

AMOR. (Mirando hácia el foro.) Tu hermano llega
con Carlitos. Ven adentro.

MARIA. Me voy á morir de pena.

AMOR. (Tomándola el pulso.)
No. Tú no te mueres de eso.

(Vánse por la segunda puerta de la derecha.)

ESCENA VIII.

LUIS y CARLITOS, por el foro izquierda.

CARL. ¡Y, sabiéndolo, te estás
con esa calma, Luisillo?
LUIS. Ese usurero es un pillo.
CARL. Buena noticia me das.
LUIS. Hemos hecho una locura.
CARL. Ya lo pudiste pensar
cuando íbamos á firmar
esa maldita escritura,
en la cual hipotecamos
por mandato del *judío*,
los lavaderos del rio
que ni uno ni otro heredamos.
LUIS. Es un bribon.
CARL. Esta vez
no hay escape. Lo ha jurado;
si á las nueve no ha cobrado
denuncia la estafa al Juez.
LUIS. ¡La estafa?
CARL. Sí; ese es el nombre
que constará en el proceso.
Conque á pagar ó vas preso.
LUIS. ¿Qué haremos?
CARL. Buscar un hombre.
LUIS. Al nuevo don Juan Tenorio,
Ernesto de Rocamora,
he mandado hace una hora
un billete petitorio.
CARL. ¿Diciendo?...
LUIS. «Amigo querido:
»De nuevo estoy apurado.
»Los billetes han *volado*.
»Socórreme ó soy perdido.»
CARL. ¿Y al billete contestó?
LUIS. Con otro...
CARL. ¿De cuatro mil?
LUIS. (Entregándole una carta.)

¡Sí, sí! Lee.

CARL. (Despues de abrir la carta.) ¡Zascandil!
(Lee.) «Enterado...» Tambien yo.

LUIS. Pídele tú.

CARL. Estamos mal
y por una tontería.
Turbando nuestra alegría
el mártes de Carnaval,
á lo mejor de la cena
más ébrio que arrepentido
dió en llorar tan afligido
que le grité: ¡Magdalena!
Hosco, fiero, hecho un demente
sobre mí se avalanzó.
«¿Por qué lo dices?» gruñó.

LUIS. ¿Y era?

CARL. Una broma inocente.
No se lo diré en mi vida,
pues tanto enojo le da,
que le comparen á la
Magdalena arrepentida.
Pide á tu padre.

LUIS. Á un poeta.
Un poeta es el sujeto
á quien le sobra un soneto
y le falta una peseta.

CARL. Pues es preciso que alguno
suelte la mosca.

LUIS. Aprobado.
(Suenan gritos en la calle y cesan á poco.)
¡Qué gritos! ¿Has escuchado?

CARL. Algun caco. ¡Hay cada tuno!...

LUIS. Yo lo creo.

CARL. Mas ¿qué pasa
en la calle?

LUIS. (Asomándose á la ventana.)
Yo veré.
Ha volcado un cabriolé
á la puerta de esta casa.
¡Sí! Es Ernesto el caballero
que trae un guarda del brazo.

CARL. ¿Vivo?

LUIS. Sí.
CARL. Dale un *sablazo*.
LUIS. ¿Cómo?
CARL. Pídele dinero.
LUIS. ¿Y si viene herido?
CARL. Al punto,
cuando suba la escalera.
LUIS. ¿Si se muere?
CARL. Aunque se muera.
El llanto sobre el difunto.
LUIS. Pero Carlitos...
CARL. No hay pero
ni quien al Juez se resista.
Ó pagar al prestamista
ó vamos al Saladero.
No es cosa de que dos chicos
tan decentes y elegantes
se mezclen con los tunantes
en el *patio de los Micos*.

ESCENA IX.

DICHOS y ERNESTO, que viene cojeando, y apoyado en el hombro del GUARDA, por el foro. Despues ANTONIO.

GUARDA. (Á Ernesto.) Vamos. Apóyese usté.
CARL. ¡Ernesto!
LUIS. (Á Ernesto.) ¿Qué te pasó?
ERN. La yegua se desbocó
y ha volcado el cabriolé.
(Á Luis.) Tu billete he recibido
y llegar pronto quería.
(Ap.) (¿Á dónde estará María?)
CARL. (¡Sablazo!) (Ap. á Luis)
(Alto á Ernesto fingiendo mucha compasion.)
¡Qué pobre! ¿Herido?
ERN. No.
GUARDA. Venían como un rayo.
ERN. Y no hemos librado mal.
GUARDA. Han dado el salto mortal
el señor y su lacayo.
(Antonio sale por el foro derecha.)

ERN. El pobre, se me figura
que ha pagado mi torpeza,
rompiéndose la cabeza
aunque la tiene muy dura.

LUIS. ¿Dónde está?

ANT. En mi habitacion.
(Se acerca á Ernesto y al mirarle da un grito de sorpresa.)
¡Oh!

ERN. (Á Antonio.) ¿Qué?

LUIS. (Á Antonio.) ¿Hay algo que te asombre?

ANT. No. (Disimulando.)
(Ap. por Ernesto.)
(¿Dónde he visto yo á ese hombre?)

CARL. ¿Adónde es la contusion?

ERN. En la pierna.

LUIS. ¿Estará rota?

ERN. No. ¿Hay árnica?

LUIS. Ven, allí.
(Señala hácia el foro izquierda.)

ERN. Remedio barato.

LUIS. Sí.

CARL. (Al oido de Luis.)
(Á tres mil reales la gota.)

GUARDA. (Á Ernesto.)
Que usted se alivie.
(Ernesto le da una moneda.) ¡Dinero?
¡Si es un doblon?
(Quiere devolver á Ernesto la moneda.)

ERN. Es lo mismo.

GUARDA. (Ap.) (Que no se rompa el bautismo
cada dia un caballero!) (Váse por el foro.)

LUIS. Un médico. (Á Carlitos.)

CARL. Á la carrera.
Yo mismo voy á avisar.
(Á Luis, aparte, por Ernesto.)
(Que afloje ó le hago cortar
la pierna por la cadera.
(Vánse por el foro Luis y Ernesto.)
(Á Antonio.) ¿Qué haces tú tan alelado?
Ves visiones.

ANT. (Con tono ambíguo.) Quizás no.

CARL. Del amo me encargo yo,
vete á cuidar del criado.
(Vánse Antonio y Carlitos por el foro.)

ESCENA X.

DOÑA AMOR y MARÍA, por la segunda puerta de la derecha.

AMOR. Han gritado.
MARIA. ¿Qué será?
AMOR No lo sé; mas se oyó ruido.
Yo veré lo que ha ocurrido
mientras hablas con Papá.
(Se asoma á la ventana.)
¡Cuánta gente! ¡Qué tropel!
MARIA. (Mirando hácia la primera puerta derecha.)
Mi padre viene.
AMOR. Me voy.
Ánimo.
MARIA. Temblando estoy.
AMOR. ¡Inocente! Duro en él.
(Váse por el foro. D. Pablo sale por la primera puerta de la derecha; trae en la mano el borrador del drama y, preocupado con él, no se percibe la emocion de María hasta cuando lo indique el diálogo.)

ESCENA XI.

D. PABLO y MARÍA.

PABLO. Vas á ayudarme, María.
MARIA. Padre.
PABLO. (Se sienta á un lado de la mesa y hace sentar al otro á María.)
Tú me irás dictando.
Vamos, que están esperando.
MARIA. Hablar contigo quería.
PABLO. Despues...
MARIA. Es que yo...
PABLO. (Impaciente.) ¡Qué afan!

MARIA. Padre... (Suplicando.)

PABLO. (Sin hacer caso á María, elige una pluma del tintero y entrega á María el borrador del drama, marcándola desde donde ha de empezar á dictar.)
¿Una pluma? Esta es buena.
Desde aquí; desde la escena
de Celeste con don Juan.
Dicta por el borrador.
Yo iré copiando. Es preciso;
que me ha mandado otro aviso
urgente el primer actor.
(Escribiendo en el otro ejemplar del drama.)
«Don Juan, con tono glacial
»dice: ¡Serás su mujer!
Empieza; que hoy ha de ser
el ensayo general.

MARIA. (Como si hubiera concebido la idea de expresar sus sentimientos por medio de lo que debe dictar.)
¡Ah, sí! (Dictando.) «Celeste: ¡Jamás!
(D. Pablo escribe.)
«Amo á Ernesto.»

PABLO. (Incomodado.) No señor.
Dice Armando. Por favor,
María, fíjate más. (Escribiendo.)
«Amo á Armando.»

MARIA. (Dictando con mucho fuego.) «En vano ha sido
»que el hielo de tu razon
»quiera apagar la explosion
»del cráter enfurecido.»

PABLO. (Sorprendido.) ¡Ni que fueras tú la amante!
¡Qué calor! (Escribe.)

MARIA. Aunque te asombre,
padre, yo no quiero á ese hombre.

PABLO. (Creyendo que dicta equivocadamente.)
Eso está más adelante.

MARIA. ¡Padre!

PABLO. (Sorprendido.) ¡Qué?

MARIA. (Con fuego.) Si al escribir
esa escena de dolor
sentía tu alma de autor
lo que quiso hacer sentir;
si la conciencia elabora

la idea ántes que la mente,
y el que ha de hacer sentir, siente,
y el que ha de hacer llorar, llora;
si es raudal la inspiracion
que brota del alma inquieta
y es el canto del poeta
el himno del corazon,
pues no le otorga su palma
la gloria por que suspira
si no vibran en su lira
las armonías del alma;
tú que ciñes el laurel,
tú que sabes cómo se ama
y censuras en tu drama
al padre injusto y crüel,
de corazon duro y frio,
que á Celeste sufrir hace
proponiéndola un enlace
que rechaza su albedrío,
no te extrañe que proteste
contra esa union proyectada
que me hará tan desgraciada
como la pobre Celeste.

PABLO. ¡María!

MARIA. Ten compasion,
si todo esto no es mentira,
(Señala el drama.)
y las cuerdas de tu lira
son fibras del corazon.

PABLO. Con Justo te casarás.
Juraste tu asentimiento.

MARIA. Tú dices que el juramento
es una frase y no más.

PABLO. De un compromiso de honor
el cumplimiento reclamo.
Justo es bueno.

MARIA. Mas no le amo.

PABLO. (Con cínica sonrisa.)
¡Amor! Y ¡qué es el amor?

MARIA. (Refiriéndose al drama.)
Infierno, felicidad,
dolor, delirio, locura.

PABLO. Cuestion de temperatura,
cuestion de electricidad.

MARIA. (Sollozando sobre el drama.)
¡Ay! mi corazon palpita.
Siento agonía de muerte.

PABLO. (Brutalmente.)
Mira, si late muy fuerte
con acónito se quita.

MARIA. ¿Te burlas de mi dolor?

PABLO. Necia estás.

MARIA. Tú, que eres sabio,
vas á escuchar de mi labio
lo que firmas como autor.
(Coge el drama y lee con intencion y brío.)
«¡Qué vale tu autoridad?
»Ni sufre cárcel el viento,
»ni grillos el pensamiento,
»ni freno mi voluntad.»

PABLO. (Queriendo arrebatarla el manuscrito.)
¡Dame!

MARIA. Escucha. (Lee.) «...Enamorada
»vuela altiva el alma mia
»como el águila bravía...»

PABLO. (Reparando en Justo, que ha salido por el foro y avanza silencioso y triste, dice á María aparte.)
¡Silencio, desventurada!

ESCENA ÚLTIMA.

DICHOS y JUSTO, despues LUIS y ERNESTO.

MARIA. (Á Justo.) ¡Tú?...

JUSTO. (Disimulando.) Sí, yo. ¿Qué pasa aquí?

PABLO. (Con tono ambíguo.)
Me iba dictando María
y comprender no podía
las palabras que escribí.
(Los actores darán la entonacion propia á las frases de doble sentido que hay en esta escena.)

JUSTO. ¿Es mala letra?

MARIA. (Entregándole el manuscrito, que dejó sobre la mesa.)

No á fé.

JUSTO. ¡Si se lee de corrido!

MARIA. Yo bien claro lo he leido
y nunca lo olvidaré.

JUSTO. ¿Á ver? (Lee.) «¡Lo quiere el destino!
«¡Huyamos!» Yo iré dictando.

MARIA. (Ap.) (¡Celeste huyó con Armando?
Él mismo trazó el camino
en su comedia maldita.)

JUSTO. (Señalando el manuscrito y al florero que puso sobra la mesa en la escena sexta.)
Con el agua del florero
se borró un renglon entero,
mas con la lengua se quita.

PABLO. ¿Con la lengua?

JUSTO. Y es probado.
Así en mi escuela se hacía.
¡La lengua borrar debía
mil veces lo que ha dictado!
(Enjuga el papel con la lengua, como echándolo á broma, y añade gravemente:)
¡Amargas las gotas son!
(Á María.) ¿Esto es llanto que has vertido?

PABLO. Niñerías. La he reñido
por una equivocacion.

MARIA. Ya pasó.

JUSTO. Me alegro tanto,
pero el disgusto deploro.
(Á D. Pablo señalándole el renglon borrado en el drama.)
¡Qué decía aquí?

PABLO. (Lee.) «El decoro...»

JUSTO. ¡Y está borrado con llanto!
(Luis y Ernesto aparecen en la puerta del foro y se detienen en el umbral.)

MARIA. (Reparando en Ernesto, dice aparte:)
¡Él!

LUIS. (Contando unos billetes de Banco que Ernesto le entrega.)
¿Mil duros?
(María cambia con Ernesto un signo de inteligencia y besa el ramo de pensamientos que lleva en

el pecho.)

ERN. (Ap.) ¡La señal!

JUSTO. (Sorprendiendo el movimiento de María y vien do á Ernesto, dice aparte:)
¡Ese hombre!...

PABLO. ¿Qué?

JUSTO. Nada, autor.
La escena trata de honor
y hay lágrimas al final.

PABLO. ¿Qué quieres decir?

JUSTO. (Por María.) Su lloro
borró lo que aquí decía.
Las lágrimas de María
cayeron sobre... «el decoro.»
(Señalando el borrador.)
¡Qué bonita situacion!

PABLO. ¿Hablabas del drama?

JUSTO. Sí.

PABLO. Y ¿qué decías?

JUSTO. Que aquí
debe caer el telon.
(Cae efectivamente.)

FIN DEL ACTO RPIMERO.

ACTO SEGUNDO.

La misma decoracion. Es de noche y la escena está alumbrada por la luz de una lámpara que habrá sobre la mesa

ESCENA PRIMERA.

JUSTO y el ESCRIBANO.

JUSTO. Haga usted lo que le he dicho
y no se ocupe de más.
ESC. Como usted quiera. No insisto,
mas comprobados están
esos extremos y creo
que procedía dictar
el auto de prision contra
el presunto criminal.
JUSTO. Modere el buen Escribano
su febril actividad
miéntras el Juez se procura
una prueba material.
ESC. ¿Qué más pruebas que el facsímil
que usted trajo y además
su existencia misteriosa,
su riqueza de Nabad,
los datos que han remitido
el Capitan General
de Cuba y la policía
francesa?...
JUSTO. Sí, sí. Es verdad.

Hay datos para escribir
ochocientas fojas más
y tener preso al culpable
sin poderle castigar;
para cogarle *infraganti*
espero que las habrá
muy pronto.

ESC. Es que no comprendo
cómo puede usted andar
con esa calma, teniendo
convencimiento moral,
y ver á ese hombre en la calle
y dejarle en libertad.
Á fuer de Escribano, juro
que las uñas se me van
detrás de él.

JUSTO. Guarde las uñas
por hoy y déjele en paz.

ESC. Pero...

JUSTO. Hablemos de otro asunto
si usted gusta.

ESC. *Placet.*

JUSTO. ¡Ah!
¿Cómo sigue ese lacayo?

ESC. No ha podido declarar:
Delira y, segun el médico,
es tanta la gravedad,
que por hoy es imposible
trasladarle al hospital.

JUSTO. Por si acaso falleciese
es preciso examinar
testigos, para que conste
que la herida fué casual.
¿Qué respondió el prestamista?

ESC. Se obstinaba en presentar
á su Juzgado querella
contra don Luisito, mas
le prometí su dinero
y me ha dicho que vendrá
dentro de un rato, y si cobra
los mil duros...

JUSTO. (Entregándole una cartera.) Ahí están.

ESC. (Sacando unos billetes de la cartera.)
¿Cinco billetes?...
JUSTO. Que Luis
me entregó hace poco...
ESC. (Ap.) (Ya.
Algun rey... de oros que le hizo
su heredero universal.)
(Alto, entregando á Justo la cartera vacía.)
La cartera no hace falta.
USTO. (Sorprendido al ver la inicial que lleva la cartera en la parte exterior, dice aparte.)
(¡Oh, qué veo! ¿Esta inicial?...
¿Ernesto? Sí; Rocamora.
Lo sospechaba.)
ESC. (Guardándose los billetes.) ¡Ajajá!
Recogeré la escritura
que el judío hizo firmar
á su cuñado de usted.
JUSTO. ¡Mi cuñado!
ESC. Lo será.
JUSTO. ¿Quién sabe?
ESC. Si usted se casa
con María, es natural.
JUSTO. Pero si yo no me caso...
ESC. ¿Por qué? No faltaba más...
JUSTO. Ahí verá usted.
ESC. Eso es broma.
Olvidé lo principal.
Otrosí. Fecho el contrato
de boda; usted llenará
algunos huecos con nombres
que no pude descifrar
en la minuta.
JUSTO. Me alegro.
Acaso es providencial
esa omision.
ESC. No comprendo.
JUSTO. Ni hay mucha necesidad.
Basta con que yo me entienda,
señor Escribano.
ESC. (Ap.) (¡Baf!
Este hombre es un logogrifo.

JUSTO. Á las once. (Despidiéndole.)
ESC Bien está.
JUSTO. Un coche y...
ESC. Sí, ya recuerdo.
JUSTO. Adios y puntualidad.
ESC. Sabe usted que soy un cuco...
de reloj en lo puntual. (Váse por el foro.)

ESCENA II.

FAUSTO, solo.

(Suenan aplausos en el jardin.)
¿Aplausos? Eso ha de ser
que don Pablo lee el drama.
¿Quién á su anfitrion no aclama
cuando da bien de comer?
Comedias pretende hacer
tambien María y me ha dado
un papel muy desairado
en cierta farsa inmoral,
que ha de tener un final
si no bueno, inesperado.
(Vuelven á sonar bravos y aplausos.)
Ya has conquistado la palma
del triunfo, autor eminente,
pero tu hija era inocente
y la envenenaste el alma.
Tú la has robado la calma,
tú que envidioso quizás
de la dicha ajena, estás
(loco, cínico ó beodo)
revolcándote en el lodo
por manchar á los demás.
*¡Amor! embriaguez divina
*que en mi pecho dolorido
*pretendiste hacer tu nido
*como errante golondrina,
*huye, que ya arremolina
*las nubes el vendaval,
*y vea esa desleal,
*pues á farsante se mete,

*como el tonto del sainete
*tenía el juicio cabal.
(Llega Antonio por el foro con un atado de libros, en rústica, que dejará sobre la mesa.)

ESCENA III.

JUSTO y ANTONIO.

JUSTO. Hola, ¿eres tú?
ANT. (Huraño.) Sí señor.
JUSTO. Tenemos que hablar.
ANT. (Ap.) (Me *escamo*.)
JUSTO. ¿Qué es eso?
ANT. Libros del amo
que ha mandado el impresor.
JUSTO. Noveluchas de garitos
para damas y bribones.
Dame. :Á ver? (Coge una novela.)
ANT. (Ap.) (Siempre fisgones
estos golillas malditos.)
JUSTO. (Examinando el libro,)
¡Soberbia encuadernacion!
(Lee.) «Corazon de fuego.» ¡Bueno!
«Doce reales...» de veneno.
Gratis la mala intencion.
(Tira la novela sobre la mesa y dice á Antonio:)
Tú, ¿no asistes á la mesa?
ANT. De eso se encargó el fondista.
JUSTO. Entónces tú...
ANT. Hasta la vista.
JUSTO. Oye, Antonio.
ANT. Tengo priesa.
JUSTO. (Cogiéndole violentamente por un brazo.)
Tanta prisa no será
que no obedezcas.
ANT. (Ap.) (¿Qué es esto?)
JUSTO. (Volviendo á su calma burlona.)
¿Conoces tú á don Ernesto?
ANT. ¿Don Ernesto?
JUSTO. Claro está.
Rocamora. Sí, hombre. ¿Al fin

comprenderás?

ANT. (Ap.) (Esto es grave.)

JUSTO. Al que has vendido la llave
de la puerta del jardin.

ANT. (Aturdido.) Sí... yo...

JUSTO. ¿Te vas enterando?

ANT. El que te habló esta mañana
debajo de esa ventana (Señala.)
donde os estuve escuchando.
El amante de María...

ANT. ¡Señorito! (Ap.) (¡Soy perdido!)

JUSTO. Creo que le has conocido.
Si cuando yo lo decía...
Bribon. Mereces que te abra
en canal, mas si procuras
servirme...

ANT. Juro...

JUSTO. Si juras
no creeré una palabra.

ANT. ¡Perdon!

JUSTO. ¿Tal miedo te inspiro?
No temas otra condena.
No te mando á Cartagena,
lo que hago es pegarte un tiro
si me engañas.

ANT. Seré fiel.

JUSTO. Segun Ernesto decía
la señorita María...

ANT. Quiere casarse con él.

JUSTO. Sigue.

ANT. Está desesperada
porque don Pablo se opone.

JUSTO. Y Ernesto ¿qué se propone?

ANT. Sacarla depositada.

JUSTO. ¡Miente! No irá la perjura
de las leyes al amparo.
Huirá con el descaro
de la cortesana impura.
¿La mujer que fué mi dueño
me escarnece de tal modo?
¡Cómo cabe tanto lodo
en corazon tan pequeño!

Preciso es que me convenza
de que estoy muy degradado,
pues recuerdo haberla amado
sin morirme de vergüenza.

ANT. Llega gente.

JUSTO. Ven conmigo,
á preparar mi venganza,
que es muy digna tu alianza
cuando es ella el enemigo. (Vánse por el foro.)

ESCENA IV.

LUIS y ERNESTO por la segunda puerta de la derecha.

LUIS. Sospecho que tu lacayo
se nos muere.
(Desde el principio ha de indicar que está algo ébrio y poco á poco acentuará esta indicacion.)

ERN. (Con frialdad.) Sí, está mal,
y lo siento por la niña;
no sé quién la cuidará.

LUIS. Su madre.

ERN. ¿Qué?

LUIS. ¡Pobre huérfana!

ERN. ¿Huérfana? ¡Qué atrocidad!

LUIS. ¿Quién es la niña?

ERN. Mi yegua.

LUIS. ¿Tu yegua?

ERN. La inglesa.

LUIS. Ya.

ERN. Ella le quería mucho.

LUIS. Y tú tambien.

ERN. Es verdad.
Si muere, pago el entierro.

LUIS. Mucho lo agradecerá,
pues buena crisma le has roto
mas buen entierro le harás.

ERN. ¿Has pagado al usurero?

LUIS. Sí; gracias á tu bondad
no he tenido que pegarme
un tiro.

ERN. ¿Quieres callar?

LUIS. Justo entregará el dinero.

á ese hombre.

ERN. ¿Justo?

LUIS. Sí tal.

ERN. ¿Le has dicho?...

LUIS. Es de confianza.
Al cabo se ha de casar
con mi hermana.

ERN. ¿Sí?

LUIS. Esta noche
mi padre os lo anunciará.

ERN. ¿Tan de prisa va la boda?

LUIS. Mañana se ha de firmar
el contrato de esponsales.

ERN. Lo veremos. (Con tono ambíguo.)

LUIS. Lo verás.
Quiero que seas testigo.

ERN. Si te empeñas...

LUIS. Claro está.
Mi salvador. (Abrazándole.)

ERN. Exageras.

LUIS. Tú eres muy decente.

ERN. ¡Baf!

LUIS. Tú me quieres, tú me prestas
dinero para jugar.
¡Maldito juego!

ERN. ¿Maldices
y no te enmiendas?

LUIS. No tal.
Soy muy vicioso, y mi padre
tiene la culpa.

ERN. ¿Él?

LUIS. Quizás.
Mira, chico; yo no estaba
en olor de santidad,
pero, sin llegar á bueno,
pasaba de regular.
Mas un dia cogí un libro
de esos que escribe Papá.
El héroe de la novela
era un jóven capitan
con la hermosura de Apolo
y el alma de Satanás.

¡Qué inconstancia en el querer!
¡Qué suerte para ganar!
Al ver descrito sus vicios
con tal minuciosidad
y de un modo tan poético,
me entró gana de pecar
y, aprendiendo en aquel libro
leccion de inmoralidad,
á poco hacía el Tenorio
y empeñaba hasta el gaban.

ERN. Volvamos al jardin.

LUIS. Luégo.

ERN. Tu padre nos echará
de ménos.

LUIS. No; ya le dije
que íbamos á averiguar
cómo seguía el herido.

ERN. Francamente, has hecho mal.

LUIS. ¿Por qué razon?

ERN. Justamente
me obligaste á levantar
de la mesa en el momento...

LUIS. En que empezaba Papá
á leer su nuevo drama
pirotécnico-sensual.
(Acercándose a la puerta del jardin.)
Mírale en el cenador
leyendo á la luz del gas.
Mira cómo gesticula.
(Brilla un relámpago.)

ERN. ¡Un relámpago!

LUIS. No tal.
Son sus versos que echan chispas.

ERN. ¿Chispas?

LUIS. De electricidad.

ERN. Exageras.

LUIS. ¿No conoces
su estilo? (Ernesto hace señal de que no.)
Vas á juzgar.
(Mira en torno y reparando en la novela que Justo dejó sobre la mesa, dice entregando el libro á Ernesto:)

Toma, su última novela.
Lee un poco y me dirás.

ERN. ¿Hay láminas?

LUIS. El retrato
de una mujer ideal.
Una broma de buen género
que he jugado á mi Papá.
Tenía una miniatura
que ocultaba con afan,
y un dia que me riñó
con mucha severidad
por yo no sé qué amoríos
que le parecían mal,
en una de sus novelas
el retrato hice grabar
sin decirle una palabra.

ERN. Y al verle...

LUIS. Comprenderá
que le digo: «*Memento homo*
»de que tuviste mi edad.»
(Marcándole la primera página del libro.)
Mira qué hermosa mujer.

ERN. (Da un grito de sorpresa y se repone. Aparte dice:)
(¡Magdalena!)

LUIS. Chico, estás
muy pálido. ¿Qué te pasa?

ERN. (Disimulando.)
Nada. ¿Qué me ha de pasar?

LUIS. Pues no te ha hecho poco efecto
ese libro. ¡Voto á san!...
Son efectos patológicos
de la prosa de Papá.

ERN. (Ap.) (¡Es ella, sí!)

LUIS. (Señalando el retrato de la novela.)
¡Buenos ojos
y qué expresion de bondad!

ERN. ¡Oh!

LUIS. La novela es tremenda.
Lee el índice y verás...

ERN. (Leyendo el índice.)
«Magdalena... Amor culpable.
«Ultra-tumba...»

LUIS. (Riendo.) ¡Apaga! ¿Vas
enterándote? ¡Si digo
que ni Ponson du Terraill
hace cosa parecida!
¿Qué te pasa? (Ap.) (Es singular.)
ERN. (Leyendo.) «Muerte de Pedro Montalvo.»
LUIS. Ese era el marido.
ERN. Ya.
(Lee.) «Muere Magdalena.» (Ap.) (¡Ha muerto!
Sólo falta la mitad.)
(Alto.) ¿Y el final?
LUIS. Una hecatombe.
Mueren todos.
ERN. ¿Todos? ¡Baf!
Y ¿no resucita nadie?
LUIS. No es moda resucitar.
(Se levanta y da un traspiés.)
ERN. ¿Qué es eso?
LUIS. Se me ha perdido
el centro de gravedad.
ERN. Anúnciale en los periódicos.
Has bebido mucho.
LUIS. ¡Quiá!
No he bebido.
ERN. Champagne.
LUIS. Bueno.
ERN. Y el Champagne, ¿no es vino?
LUIS. Es gas.
Propongo un paseo largo.
ERN. Hombre, si va á diluviar.
LUIS. ¿No vienes?
ERN. No.
LUIS. Me voy solo.
Hasta luégo.
ERN. ¿Dónde vas?
LUIS. No lo sé, á tomar el aire.
Tengo un jaquecon bestial.
(Váse por la puerta del foro.)

ESCENA V.

ERNESTO, solo.

(Lee.) «¡Muerte de Pedro Montalvo!»
Es curioso. ¡Já, já, já!
(Examina el libro rápidamente.)
Gran imprudencia es por cierto
contar la propia maldad.
Mas ¿qué importa si es verdad
que Pedro Montalvo ha muerto?
(Refiriéndose al libro.)
Historia de un emigrado
que huyó con una mujer
y no llegó á conocer
al esposo deshonrado.
Nunca el amante le vió
ni en la mísera alquería
su retrato encontraría
pues jamás se retrató.
(Despues de leer algo de la novela.)
Segun afirma don Pablo,
despues de una larga ausencia
puso fin á su existencia
el marido... ¡pobre diablo!
Fuera cosa original
y lance muy divertido,
que, habiendo muerto el marido
sólo de un modo oficial,
la confesion del culpable
en este libro leyera
y el epílogo escribiera
con sangre de un miserable.
Mas de fijo trataría
de imponerle mayor pena
si el raptor de Magdalena
fuera el padre de María.

ESCENA VI.

ERNESTO y DOÑA AMOR, que sale por la puerta del jardin; despues MARÍA.

ERN. ¿Usted?
AMOR. ¡Chist!
ERN. ¿María?
AMOR. Ahí viene.
Pueden ustedes hablar
dos palabras solamente,
que amenaza tempestad,
y don Pablo y sus amigos
á esta sala volverán.
ERN. Señora, es usted un ángel...
(Ap.) (de retablo.)
AMOR. (Con zalamería.) ¡*Oh Dieu*! ¡*La*! ¡*La*!
ERN. Mi gratitud será eterna.
AMOR. (Ap.) (Este me conviene más.)
MARIA. (Sale por la puerta del jardin y dice aparte.)
(¡Ernesto! ¡Por qué ha venido?)
ERN. (Ap.) (Ella! ¡Qué pálida está!)
AMOR. Con la *permision* de ustedes.
ERN. Señora...
AMOR. Voy á buscar
una cosa. Acabo pronto.
(Se sienta al lado de la mesa, coge la novela y se pone á leer.)
Pardon, monsieur.
ERN. *Pas de quoi*...
¡María! (Á María.)
MARIA. Van á llegar.
Vete.
ERN. Sí; ¿para volver?
MARIA. No; para siempre ha de ser. (Solloza.)
ERN. ¿Para siempre! ¿Tú llorar?
Dime quién te causa enojos
y no paga con mil muertes
cada lágrima que viertes
desde el cielo de tus ojos.
¿Te infiere mi amor agravios?

Dí que no, María hermosa,
con los pétalos de rosa
que Dios te ha dado por labios.
Yo te adoro... ¡aún más que ayer!
y es tu amor, niña querida,
más que sangre de mi vida,
casi el alma de mi sér.
¿Por qué lloras?

MARIA. ¡Huye! ¡Vete!
Déjame por compasion.

AMOR. (Leyendo la novela.)
Veamos. «La seduccion.
»Capítulo veintisiete.»

MARIA. Mi padre no cede.

ERN. ¿Es esa
tu pena?

MARIA. Huraño y esquivo
me rechazó. Es instintivo
el odio que te profesa.

ERN. ¿Me quieres como te quiero?
(Va á arrodillarse y María le hace observar la presencia de Doña Amor.)

AMOR. (Leyendo.) «El jóven cayó á sus piés.»

MARIA. ¿Tan ciego estás que no ves
cuánto te amo y que me muero?

ERN. Si me aceptas por marido
huye conmigo.

MARIA. ¡Estás loco!
¡Huir!

ERN. Sí; dentro de poco
todo estará prevenido.
La ley nos ha de amparar
contra tu padre, y los dos
iremos...

MARIA. La ley de Dios
á los padres manda honrar.

ERN. Sí; pero tambien condena
su implacable tiranía.

MARIA. (Leyendo.) «Todo un infierno tenía,
»en el alma, Magdalena.»

ERN. Ven luégo con doña Amor
al jardin. Junto al postigo

el Juez estará conmigo.

MARIA. Y tambien el deshonor.

ERN. ¿Con hacerte mi mujer
crees que tu honor injurio?
Más deshonra es el perjurio
que pretendes cometer.
¿Qué temes?

MARIA. La maldicion
de mi padre.

ERN. Si él ha escrito
que en amores no hay delito,
¿no ha de darte su perdon?
Tambien siento odio instintivo
á mi rival, y no quiero,
por si yo de pena muero,
que se quede ese hombre vivo.
¡He de matarle!

MARIA. ¡Ay de mí!

ERN. ¿Vendrás? Habla.

MARIA. (Cubriéndose el rostro con las manos.)
¡Qué sé yo!

AMOR. (Leyendo.) «Ella no dijo que no;
»es decir, dijo que sí.»

ERN. María. Accede á mi ruego.

MARIA. Dame un plazo.

ERN. Sí; una hora.

AMOR. ¿Va usté al jardin? (Á Ernesto.)

ERN. Sí señora.
(Á María, con intencion.)
Hasta despues. (Váse por la puerta del jardin.)

AMOR. Hasta luégo.
(Sigue leyendo y observando á María.)

ESCENA VII.

MARÍA y DOÑA AMOR; despues ANTONIO.

MARIA. ¡Qué hacer?... ¿Huir de esta casa?
¡Qué vergüenza!... ¿Suplicar
á mi padre? Fuera inútil.
Madre, que en el cielo estás,
dame las místicas alas

de tu alma para volar,
que mis piés tocan el fuego
en el cráter de un volcan.

AMOR. Pero, niña, ¿qué te pasa?

MARIA. ¡Que me muero!

AMOR. ¡*Oh Dieu*! ¡*La, la*!
¿Qué es ello? ¿Tienes dos novios?
Eliges uno y en paz.
Veamos. Don Justo Perez,
novio crónico, oficial,
buen amigo, que á tu padre
con gran generosidad
le presta mucho dinero
sin recibo y sin cobrar.
No digo que le prefiera
por eso.

MARIA. (Ap.) (Oh!)

AMOR. *Je ne sais pas* (1).
El porvenir que te ofrece
don Justo es algo... *bourgeois* (2).
Buena casa, en tercer piso
para mayor claridad;
el domingo á la Zarzuela;
el verano al Escorial;
tu puchero y tu principio...
esos no te han de faltar.
Ce n'est pas trés comm'il faut,
mais enfin ce ne fait rien (3).

MARIA. Yo no le amo.

AMOR. ¿Amas al otro?
Entónces no hay que dudar.

MARIA. Mi padre no quiere á Ernesto
y nunca consentirá
en nuestro enlace.

AMOR. Es sensible.

---

(1) Léase: Se ne sé pa.
(2) Léase: Bursuá.
(3) Léase: Se nes pá tre comilfó
mes anfén se ne fé rián.

Pues entónces tú verás.
¿Qué dice Ernesto?

MARIA. No sé.
Ni aun lo quiero recordar.

AMOR. ¿Qué te propone?

MARIA. ¡La fuga!

AMOR. ¡La fuga! ¡Qué indignidad!

MARIA. ¿No es cierto?

AMOR. ¿Puedes dudarlo?
¿Una fuga? ¿*Voyez ça*!
Comprendo que te dijera:
«El Juez te puede sacar
»depositada y las leyes
»nuestro amor ampararán.»

MARIA. Lo dice.

AMOR. Eso es otra cosa.
Mas tú no debes marchar
sin llevar á una persona
de respetabilidad.

MARIA. Él dice que usted podría
venir...

AMOR. ¿*Ío*? ¡*Par exemple*! (1)

MARIA. Mas yo no daré esa prueba
de mi locura. ¡Jamás!
Vendrá el Juez: pero con él
el escándalo vendrá
y el desprecio de mi padre.

AMOR. ¿Tú crees?...

MARIA. ¿Cómo aplacar
su justo enojo?

AMOR. (Abriendo el libro por donde tiene señalado.)
Leyéndole
estos renglones. Verás.
(Lee.) «Mujer. El mundo te juzga
»con harta severidad.
»¡Quién culpa al grano de arena
»si le arrastra el vendaval?
»¿Qué es mujer? Un corazon

---

(1) Léase: ¡Ío! Par exámpl.

»envuelto en fragilidad;
»es decir, un polvorin
»con paredes de cristal.
»¿Qué es alma? Un poco de fósforo
»y algo de electricidad.
»¿Y virtud? Anemia ó frio.
»¿Y honor? Ley convencional.
»Lo que ves azul no es cielo,
»es un efecto solar,
»y los físicos dejaron
»*de reemplazo* á Satanás;
»conque diviértete mucho
»por lo que pueda tronar.
»El amor es rey del mundo.
»¡Salud á Su Majestad!»

MARIA. Si no hay cielo para el mártir
ni castigo para el mal;
si la virtud es anemia
y el alma fósforo ó gas,
brote el amor de mi pecho
en impetuoso raudal
que, si la virtud no existe,
es inútil batallar.

AMOR. Tu padre es sabio y lo dice.
Bien sabido lo tendrá.

MARIA. Mas ¿todo es farsa y mentira
en este mundo falaz?
¿No hay mujeres virtuosas?

AMOR. ¿Cómo reza la moral?
Lo dudo. ¿Dónde está ese
dechado de austeridad?

ANT. (Que sale repentinamente por el foro.)
Aquí viene...

AMOR. (Sorprendida) ¡Qué?

ANT. Una hermana
de esas de la Caridad.

ESCENA VIII.

DICHAS, ANTONIO, y luégo SOR MAGDALENA.

MARIA. (Á Doña Amor.)

Esa es la virtud austera.

AMOR. (En tono de duda.)
Á veces bajo un sayal
anda una danza de diablos...

ANT. ¿Qué la digo?

AMOR. Hazla pasar.
Que se encargue del herido.
Hoy no me puedo ocupar
de detalles. ¡En qué dia
se le ha ocurrido volcar!

ANT. Los mozos de Lhardy esperan.

AMOR. Al momento voy á allá.

MARIA. (Á Antonio.) Haz que pase la hermanita.

ANT. Muy bien.

AMOR. La preguntarás
si quiere algo.

ANT. ¿Para qué,
si no me ha de contestar?
Es muda.

MARIA. ¿Muda?

AMOR. ¡Una monja?
Milagro.

MARIA. No es monja.

AMOR. ¡Ya!

ANT. Me advirtió la Superiora
que no era dificultad
el defecto, y que la hermana
es activa y servicial.
Yo la pedí otra enfermera;
dijo que no había más
esta noche y que, mañana,
la mandará relevar.

MARIA. Mas ¿si el médico pregunta?...

ANT. Por escrito le dirá
lo preciso. De ese modo
se entiende en el hospital.
(Acercándose á la puerta del foro dice:)
Pase por aquí, hermanita.
(Sor Magdalena llega por el foro y avanza con los ojos bajos.)

MARIA. (Ap. á Doña Amor.)
(Esa es la virtud.)

AMOR. (Confusa.) Quizás...

MARIA. (Á Sor Magdalena.)
Hermanita. Bien venida.
Dios le dé toda la paz
que merece por ser buena.

MAG. (Levanta al cielo los ojos, como expresando desconfianza y súplica.)

AMOR. (Una lágrima...) (Ap á María.)

MARIA. (Ap. á Doña Amor.) (Es verdad.
Tambien sufre.)

AMOR. (Id.) (Agua en los ojos;
en el alma vendaval.
Si cuando yo te lo digo!...)

MARIA. (Á Sor Magdalena, señalando hácia la segunda puerta de la derecha.)
Allí está el enfermo.

MAG. (Levanta los ojos del suelo, repara en María, extiende hácia ella las manos, vacila y luégo se repone. Todo segun lo indica el diálogo.)
¡Ah!

MARIA. ¿Qué tiene usted?
(Á Doña Amor y Antonio.) Sostenedla.
(Doña Amor acude á sostener á Magdalena, que se repone y no cesa de mirar fijamente á María.)
¿Qué fué?

ANT. (Á Sor Magdalena.) ¿Se siente usted mal?

AMOR. (Ap. á Antonio.)
(Pues señor. ¡Buena enfermera!...)

MARIA. (Á Sor Magdalena.)
¿Algun dolor?
(Sor Magdalena hace señal afirmativa.)
¿Pasó ya?
(Sor Magdalena se lleva las manos al corazon.)
¿Padece del corazon?
(Sor Magdalena afirma.)

AMOR. (Te has lucido.) (Ap. á Antonio.)

ANT. (Ap. á Doña Amor.) (Si no hay más
que esta hermana por ahora...)

AMOR. (Á Sor Magdalena.)
¿Se quiere usted retirar?
(Sor Magdalena indica que no.)
¿No? ¿Pasó el dolor?

(Señal afirmativa.) Me alegro.
Esa es mala enfermedad;
pero se cura...
(Sor Magdalena señala al cielo.)
¿En el cielo?
(Ap.) (Si para tan largo va...)

MARIA. (Á Antonio.) Acompáñala.
(Vánse Antonio y Sor Magdalena por la segunda puerta de la derecha.)

AMOR. (Á María.) Te mira
de un modo particular.

MARIA. Algun recuerdo...

AMOR. ¿Quién sabe?
Á veces bajo un sayal...

ESCENA IX.

DICHOS y D. PABLO, ERNESTO, CARLITOS, el ACTOR, y dos ó tros amigos de D. Pablo; despues el ESCRIBANO.

D. Pablo y los citados llegan por la puerta del jardin enjugándose la ropa con los pañuelos como si les hubiese sorprendido la lluvia. Quedarán colocados por el órden siguiente: Ernesto, María y Doña Amor á la izquierda, figurando hablar bajo y con animacion; D. Pablo á la derecha formando otro grupo con Carlitos, el Actor y los amigos.

PABLO. (Dentro.) Por aquí. (Sale.) ¡Qué chaparron!

AMOR. ¿Llueve?

PABLO. ¿Sí llueve? Agua pura.

CARL. Se interrumpió la lectura
en la mejor situacion.

PABLO. Ahora la continuaré. (Á María.)
María. Dile al muchacho
que lleve luz al despacho.
(Ap.) (¿Qué es lo que tienes?)

MARIA. (Id. á don Pablo.) (No sé.)

PABLO. Luego anunciaré tu boda.

MARIA. No, padre mio. ¡Por Dios!

PABLO. (Con dureza.) Ha de ser.
(Váse María por el foro.)

ERN. (Ap. á doña Amor.) (Aquí las dos
á las once.
AMOR. (Ap. á Ernesto.) (Me acomoda.)
PABLO. (Alto.) ¿Qué os pareció el segundo acto?
CARL. Muy bien.
PABLO. Diga cada cual
su opinion franca y leal.
La verdad. Ese es el pacto.
(Al Actor.) Hable el Actor distinguido,
que al fin va á ser el paciente.
ACTOR. La exposicion excelente;
el final comprometido.
PABLO. (Cariñosamente.)
¡Ah terco!
ACTOR. Tengo esa idea.
El final le silbarán.
CARL. ¡Hombre!
ACTOR. Ustedes juzgarán
cuando don Pablo lo lea.
Es más seguro el laurel
y el drama acaba mejor,
si el padre mata al raptor
que si muere á manos de él.
PABLO. (Al Actor.)
¿De modo que usted se inclina
en favor del inocente?
Pues yo no, y precisamente
por huir de la rutina.
Ya el público está cansado
de ver que al final del drama
casa el galan con la dama,
el traidor es castigado,
la virtud austera vence
en la lucha con el oro,
se canta un himno al decoro,
todo el mundo se convence
de que es ángel la mujer,
y el público divertido
se va por donde ha venido
prometiendo no volver.
JUSTO. (Que ha llegado por el foro.)
Tiene usted mucha razon.

(María sale por la puerta del foro y, detrás de ella, Antonio, que trae luces. Antonio entra en el primer cuarto de la derecha y sale á poco. Despues váse por el foro.)

PABLO. (Á Justo.)
¿Parece que nos burlamos?

MARIA. (Á D. Pablo.)
Cuando gustes.

PABLO. (Á María.) Allá vamos.

JUSTO. ¿Yo burlarme? ¡Qué aprension!

PABLO. Este me tiene por loco.
Mi estilo no es de su gusto.

JUSTO. No señor. Ya no me asusto
desde que he visto hace poco
un drama, cuyo argumento
que ha causado sensacion,
puede servir de patron,
pues el que hace uno, hace ciento.
Figuran, por de contado,
una mujer... ¡de primera!
un amante calavera
y un marido jorobado.
Ella es un ángel caido
y un infierno el matrimonio;
el amante es el demonio. (Mirando á Ernesto.)

ERN. (Con expresion sarcástica.)
¿Habrá un tonto?

JUSTO. (Con flema.) Sí, el marido.

AMOR. ¡Qué realismo!

JUSTO. (Lo mismo.) Edificante.
Ella lucha entre el deber,
y el amor...

MARIA. (Con emocion.) ¿Logra vencer?

JUSTO. (Con frialdad y mirándola fijamente.)
Se escapa con el amante.
(D. Pablo y los demás se rien.)
La moral importa un bledo.
Llega el marido...

CARL. ¿Y estalla
su furor?

USTO. Llega... y se calla.
Es tonto y se chupa el dedo.

PABLO. (Riendo.) ¿Y despues?
JUSTO. (Echándolo á broma.) Es espantoso,
y de un realismo inaudito.
La mujer se come frito
el corazon de su esposo.
AMOR. Pero hombre, ¿y la *policía*? (1)
JUSTO. Suponen que fué un suicidio.
CARL. Y la mujer, ¿va á presidio?
JUSTO. (Despues de una breve pausa.)
CARL. ¡Santo Dios, qué atrocidad!
Y ¡qué título?
JUSTO. Excelente.
«La muerte del inocente
»ó escenas de Navidad.»
Resultado, al concluir:
cuatro ciegos de llorar,
ocho mudos por gritar,
once mancos de aplaudir,
cuatro sombreros sin forro,
en la escena, un mar de llanto
y siete locos de espanto
en la Casa de Socorro.
MARIA. (Bajo á Ernesto.)
(¿Qué es lo que quiso decir?)
ERN. (Id. á María.) (Nada puede sospechar.)
PABLO. (Á Justo.) Muy bien sabes censurar.
Tú debieras escribir.
JUSTO. Un drama tengo empezado.
BABLO. ¡Hola! ¿conque hay aficion?
JUSTO. Ya tengo la exposicion
escrita en papel sellado.
Es el que suelo gastar.
PABLO. Pues me tachas de iracundo,
¿cómo pintas á este mundo
en tus obras?
JUSTO. Regular.
PABLO. ¿Y no malo?
JUSTO. No señor.

---

(1) Léase: Polichía.

Usted le cura en salud.
Creo en la virtud.

PABLO.
ERNESTO. } (Con tono burlon.) ¡Virtud!
CARLITOS.

JUSTO. Y en el honor.

PABLO.
AMOR.
ERNESTO. } (Se rien.) ¡¡El honor!!
CARLITOS.

JUSTO. Se me viene al pensamiento
un cuento.

ERN. Venga.

JUSTO. Allá va.
Ustedes tienen talento
y nadie se enfadará
pues al fin solo es un cuento. (Todos le rodean.)
Congregados en el seno
de un oscuro nubarron,
la lluvia, el rayo y el trueno
discutían con pasion
si era el mundo malo ó bueno,
y lo más extraordinario,
puesto que se discutía
al uso parlamentario,
es... que ninguno podía
convencer á su contrario.
Mano á mano y pelo á pelo
armaban tal algazara,
que alguno dijo en el suelo.
¡*Gran tormenta se prepara*!
¡*Qué noche*! ¡*Válgame el cielo*!
.....
Gritó el rayo, ya quemado:
«¡Una idea luminosa!
»Vaya, el que salga nombrado,
»ante todo á ver la cosa.»
Y el trueno gruñó: ¡Aprrr... obado!
Salió en suerte el nubarron,
(lo que prueba que no brota
la luz, de la discusion)
miró abajo, no vió gota

y dijo: «El mundo es carbon.»
Llega el turno al rayo luégo
y al punto gritando sube:
«Por poco me dejan ciego.
»No salgo más de la nube.
»En el mundo todo es fuego.»
Por ver si había mentido
iba el trueno hablando gordo
y volvió despavorido
exclamando: «¡Vengo sordo!
»En el mundo todo es ruido.»
La lluvia que, jarro á jarro,
de la nube se desliza,
grita: «Achits! pesqué un catarro.
»Por aquí llueve y graniza.
»En el mundo todo es barro.»
Y, así, todo el que salía,
de la tierra murmuraba
y ninguno comprendía
que lo malo que encerraba
al mundo lo atribuía.
Si se forma causa á aquel
filósofo de docena
que no encuentra amigo fiel,
mujer santa ni obra buena...
de seguro el pillo es él.

PABLO. (Tomándolo á broma.)
Muchas gracias.

JUSTO. Yo no intento
aludir á nadie.

PABLO. Ya.

JUSTO. Ustedes tienen talento
y nadie se aplicará
la moraleja del cuento.
Es que miro en derredor
y veo con complacencia
que aún hay amistad, conciencia,
juicio, rectitud, pudor...
(Con acento sarcástico y señalando sucesivamente á Ernesto, D. Pablo, Doña Amor, Carlitos y María, que hacen ademan de protestar contra las alusiones. Justo les tranquiliza con un ademan y añade:)

y exclamó de razon lleno:
«No es la humanidad tan mala
»cuando dentro de esta sala
»se reune tanto bueno.»

PABLO. Lisonjero vienes hoy.

AMOR. Y amable como ninguno.

ERN. Es usted muy oportuno

JUSTO. Algunas veces lo soy.

PABLO. Dejarle será preciso.

CARL. Cada cual con su locura.

PABLO. ¿Continuamos la lectura?

ACTOR. }
CARL. } Sí.

ESC. (Sale por el foro muy agitado y dice á Justo:)
¡Don Justo! (Á los demás.) Con permiso...
Venga usted. (Á Justo.)

JUSTO. (Al Escribano.) No puedo ahora.

ESC. Es urgente. El usurero
cuando le entregué el dinero...
(Acaba la frase al oido de Justo, que manifiesta sorpresa, y sigue hablando con él aparte.)

PABLO. (Al Actor, Carlitos y los amigos.)
Es cuestion de un cuarto de hora.
Sólo falta la mitad
del tercer acto.
(Entrega al Actor el manuscrito del drama que traía cuando llegó.)

JUSTO. (Ap. al Escribano.) (Eso intento.
Salga usted. Voy al momento.)
(Váse el Escribano por el foro.)

ACTOR. Yo leeré.

JUSTO. (Ap.) (¡Oh! ¡Si es verdad! ..)

PABLO. (Al Actor, Carlitos y los amigos.)
Pasad á esa habitacion;
(La primera de la derecha.)
pero, ántes de continuar
la lectura, os voy á dar
noticias de sensacion
acerca de cierta dama.

MARIA. (¡Padre!) (Ap. á D. Pablo.)

PABLO. (Id. á María.) (¡Silencio!) (Alto.) María
se casa con...

JUSTO. (Rápidamente.) Todavía
no.
PABLO. ¿Cuándo?
JUSTO. (Con intencion.) Al final del drama.
(Justo y D. Pablo hablan aparte.)
CARL. ¿Quién es el novio?
MARIA. (Ap.) (¡Ay de mí!)
ACTOR. Sí, sepamos.
PABLO. (Ap. á Justo.) (Callaré.)
(Alto.) Despues lo revelaré.
ERN. (Ap. á María, señalando la puerta del jardin.)
(Á las once. Por allí.)
PABLO. (Al Actor y los amigos.)
Id leyendo, á ver si hay modo
de arreglar ese endiablado
final.
JUSTO. Sí, mucho cuidado
con el final sobre todo.
(Váse por el foro. El Actor, Carlitos y lor amigos entran en el primer cuarto de la derecha.)

ESCENA X.

D. PARLO, ERNESTO, MARÍA y DOÑA AMOR.

ERN. Yo pido á ustedes licencia.
(Coge su abrígo y el sombrero que dejó sobre una silla.)
PABLO. (Con urbanidad pero, friamente.)
¿Nos deja usted?
ERN. Al instante.
Hay un asunto importante
que reclama mi presencia.
Sin oir la última escena
de su bella produccion
doy á usted con efusion
mi cordial enhorabuena.
En ese drama que ha escrito,
con tal minuciosidad
la siniestra realidad
describe usted del delito,

que yo juzgo indispensable
para crear tal portento,
ó tener mucho talento
ó haber sido muy culpable
(Movimiento de D. Pablo.)
mas supuesto que usted ama
la virtud, á fuer de honrado,
únicamente he admirado
su gran talento en el drama.

PABLO. Yo agradezco.

AMOR. (Mirando por la puerta del jardin.)
Mucho llueve.

ERN. No hay cuidado.
(Mirando á María.) El coche espera.

AMOR. (Á Ernesto, con doble sentido y mostrándole la puerta del jardin.)
Aquí. Por esta escalera
es la salida más breve.

MARIA. (Ap.) (¡Oh!)

ERN. (Estrechando la mano de D. Pablo.)
Repito...

PABLO. Gracias mil.

ERN. Á los piés de usted, María.
(Saluda tambien á Doña Amor y váse por la puerta del jardin.)

PABLO. (Ap.) (La mano de ese hombre es fria
como la piel del reptil.)

MARIA. (Ap. á Doña Amor.)
(Déjenos usté á los dos.
Se lo ruego.)

AMOR. (Bien está.)
(Váse por el foro.)

ESCENA XI.

D. PABLO y MARÍA; despues CARLITOS.

MARIA. ¡Padre!

PABLO. Me esperan allá.

MARIA. Oye, en el nombre de Dios.

PABLO. (Con tono sarcástico.)
Muy solemne es la llamada.

MARIA. Por mi vida, por tu gloria,
por la bendita memoria
de mi madre idolatrada,
no anuncies mi casamiento.
PABLO. Justo será tu marido.
MARIA. De rodillas te lo pido.
(Va á arrodillarse y D. Pablo se lo impide.)
PABLO. Has dado el consentimiento.
MARIA. Hace mucho que pasó
el dia en que prometí.
Si entónces murmuré, sí,
hoy grita el alma que no.
CARL. ¡Don Pablo! (Llamando dentro.)
PABLO. Esa gente llama.
MARIA. Pero tu hija te implora.
PABLO. (Con aspereza.)
¡Ea! No hagamos ahora
escenas de melodrama.
Yo devuelvo mi papel.
MARIA. No amo á Justo. (Sollozando.)
PABLO. Pues no llores.
No es preciso que le adores
para casarte con él.
MARIA. ¡Jesús!
PABLO. Ya le querrás luégo.
MARIA. Te equivocas, padre mio.
Ese argumento es muy frio
y mi corazon de fuego
CARL. ¡Don Pablo! (Llamando dentro.)
PABLO. (Contestando.) Voy; ahora mismo.
MARIA. (Deteniéndole.)
¡Padre! No anuncies mi boda.
PABLO. Mira que ya no está en moda
tan necio romanticismo.
Yo opondré mi autoridad
á tu falta de cordura.
Tu promesa...
MARIA. Fué locura.
PABLO. Y olvidarla es liviandad.
MARIA. (Con voz entrecortada y furor creciente.)
Pues das nombre á mi flaqueza
con tan franco y rudo estilo,

oye, que ya no vacilo
en hablarte con franqueza.
Por temor, en la niñez
tu capricho obedecí,
hoy empiezo á ver en tí
poco Padre y mucho Juez.

PABLO. ¡María!

MARIA. Tu autoridad,
(en tus libros lo he aprendido)
no puede darme marido,
ni yo tengo voluntad
de pasar mi vida entera
con un hombre á quien no quiero.
(Con brío) ¡Si tú le debes dinero,
págale de otra manera!

PABLO. ¡Desdichada! (Amenazador.)

MARIA. (Fuera de sí.) Hay mercaderes
que venden sangre por oro,
mas los hombres de decoro
no ferian á las mujeres.

PABLO. ¡Infame!
(Furioso, pone la mano en el rostro de María, que lanza un grito desgarrador de vergüenza é ira.)

MARIA. ¡¡Padre!! (Momento de pausa.)

PABLO. (Avergonzado de su accion.) Hice mal.

MARIA. (Con extravío y furor reconcentrado.)
Al ultrajarme inhumano
te has llevado en esa mano
mi último llanto filial.

CARL. (Sale por la primera puerta derecha.)
¿Dónde anda ese remolon?
Don Pablo.

PABLO. (Á Carlitos.) Voy. (Ap.) (¡Qué suplicio!)
(Váse con Carlitos por la primera puerta derecha.)

MARIA. ¡Al borde del precipicio
me heriste en el corazon!
(Despues de una breve pausa, enjuga sus lágrimas con resolucion, se dirige precipitadamente hácia la mesa y escribe con agitacion febril lo siguiente:)
»Adios, padre... y sé indulgente.

»Tú lo has dicho en ese drama:
»Está demente quien ama,
»y el loco no es delincuente.»
(Dobla el papel y se levanta con decision.)
¡Ernesto? ¡Sí!
(Coge la lámpara y la asoma á la ventana de la izquierda.)
La señal.
Esta luz en la ventana.
(Se oye un reloj de torre que da las once.)
¡Oh! Las once... Esa campana
tiene un eco funeral.
Es que llora mi agonía...
Por mi honor á muerto toca.
(Va á dirigirse hácia la puerta, y al ver colgado en la pared el retrato de su madre, se detiene, da un grito, coge el retrato y le besa sollozando.)
¡Ese retrato! Estoy loca.
¡Madre mia! ¡Madre mia!
(Ernesto sale por la puerta del jardin.)
¡Ernesto!

ESCENA XII.

MARÍA y ERNESTO, despues D. PABLO y DOÑA AMOR.

ERN. Sí. El tiempo pasa.
Sígueme, por la escalera
del jardin. El Juez espera
á la puerta de esta casa.
La ley nos ampara y él
protegerá nuestra union.

MARIA. ¡La ley! ¡Y viene á traicion
como la hiena crüel?
¡Padre mio!

ERN. (Reparando en la carta que tiene María en la mano.)
¿Le has escrito?

MARIA. Esto, que juzgué liviano.
Toma.
(Le entrega el papel.) No puede mí mano
con el peso de un delito.
¡Déjame!

ERN. ¿Dudas ahora?
MARIA. ¡Cómo no?
ERN. Van á llegar.
(Apaga la lámpara que María dejó sobre la mesa. La escena queda á oscuras.)
MARIA. ¿Qué estás haciendo?
ERN. Matar
esta luz denunciadora.
MARIA. Haces bien. Pues consentí
en llegar á tal extremo.
leer en tu rostro temo
que te avergüenzas de mí.
Déjame morir de pena,
pero con honra.
ERN. ¡María!
(Ap.) (¡Así, triste, imploraría
á su padre Magdalena!)
MARIA. Vete. Déjame por Dios.
ERN. ¿En brazos de mi rival?
Ven ó abrirá este puñal
una tumba entre los dos.
(Saca un puñal. María le sujeta la mano.)
Ven.
MARIA. ¡Jamás! Estás demente.
ERN. Y es furiosa mi demencia.
MARIA. ¡Por Dios!...
ERN. Dicta mi sentencia.
¿Vienes?
MARIA. ¡Oh!... ¡Llegan!... ¡Detente!
PABLO. (Dentro.) Vuelvo pronto.
MARIA. (Á media voz.) ¡Padre! ¡Él es!
(Va á dirigirse hácia la primera puerta de la derecha y Ernesto se lo impide.)
Dios le trae.
ERN. ¿Dónde vas?
Sólo un grito, un paso más
y me doy muerte á tus piés.
(María, casi desfallecida, es sostenida por Ernesto. D. Pablo aparece en la primera puerta de la derecha y figura hablar con los que están dentro del cuarto.)
PABLO. Seguid leyendo, mas no

lo último, que está mal.
Venid luégo y el final
os le recitaré yo.
Acabo dentro de un rato.
(Entra en escena.)

ERN. (Para sí.) (Yo anhelaba otra venganza.)

PABLO. No se ve nada.

ERN. (Para sí.) (Sí avanza
ó enciende una luz, le mato.)
(Avanza poco á poco. Al oir que se acerca, María desfallece en brazos de Ernesto y éste la sostiene con el brazo izquierdo y levanta el puñal con la mano derecha. D. Pablo se detiene por fin.)
Sin duda el viento apagó
la luz. (Llamando.) ¡María!

MARIA. (Perdiendo el sentido.) ¡Ay de mí!

ERN. ¡Silencio! (Bajo á María.)

PABLO. ¿Quién anda ahí?
(Momento de pausa.)
No hay nadie. Me pareció
escuchar como un gemido.
(Llamando.) ¡María! ¡Antonio! ¡María!
Fuí cruel. ¡Pobre hija mia!
No responden... ¿Dónde han ido?
¿Cómo empezaba la escena...
que he de arreglar en el drama?
¡Ah, sí! (Declamando.) «Está loco quien ama,
»y el loco no tiene pena.»

ERN. ¿Oyes? (Bajo al oido de María.)

PABLO. (Declamando.) «Padre, cese ya
»tu implacable tiranía.
»Adios pues...» ¿Cómo seguía?
(Llamando.) ¡Antonio! ¿Dónde andará?
(Váse por la puerta del foro.)

ERN. (Á María que empieza á recobrar el sentido.)
Ven. Pronto, por el jardin.
¡María!... Perdió el sentido...
Ya alienta.

MARIA. (Con voz débil.) ¡Padre!

ERN. Se ha ido.
Salgamos.

MARIA. (Se deja conducir y sigue á Ernesto maquinal-

mente.)

¿Dios mio!

ERN. ¡Al fin!

(Abre la verja que da paso al jardin y va á salir con María. Doña Amor llega por el foro.)

Por aquí.

AMOR. ¡Ernesto! (Llamando á media voz.)

ERN. (Ap.) (¡La vieja!)

(Sale con María por la puerta dal jardin y cierra la verja por la parte exterior.)

AMOR. ¿No habrá acudido á la cita?

(Ernesto cierra con llave la verja. Al oir el ruido de la cerradura, Doña Amor corre hácia la puerta del jardin exclamando.)

¡Santa Bárbara bendita!
¡Ellos son! ¡Cierran la reja
del jardin! ¡María! ¡Ernesto!

ERN. Calle usted. ¡Voto á Luzbel!

(Entregándola á través de la verja la carta que María escribió á su padre.)

Á don Pablo este papel.

(Vánse María y Ernesto.)

AMOR. (Muy apurada.) Pero ¿qué hago yo con esto?
¡Abrid! ¡María! ¡Qué accion!
¡Me dejan!

(Forcejea inútilmente por abrir la verja.)

PABLO. (Sale por el foro con una luz y, como declamando la escena que está arreglando, dice:)

Juan dice ahora:
«¡Miserable encubridora!»

AMOR. (Se vuelve y, al ver á D. Pablo, cae de rodillas.)

¡Jesús! ¡Don Pablo! ¡Perdon!

PABLO. ¡Cómo?

AMOR. No pude impedir
que huyese la desdichada.
Hallé esa verja cerrada
y esta carta que iba á abrir.

PABLO. (La arrebata el papel. Al leerle da un grito de furor y vacila como un hombre ébrio.)

¡María!

AMOR. Huye.

PABLO. ¡Maldicion!

¡Ella! ¡Ay... de mí!

AMOR. (Acercándose á D. Pablo.) ¡Dios eterno!
¿Qué tiene usted?

PABLO. (Recobrando su energía.) Un infierno
donde tuve el corazon.
(Corre hácia la verja y no pudiendo abrirla grita:)
¿Luis! ¡Aquí todos!... ¡Cerrado!...
¡Miserables! (Á Doña Amor.) Tú has mentido.
No es cierto lo que he leido.
¡No es cierto!
(Abre la carta. Carlitos, el Actor y los Amigos salen por la primera puerta de la derecha, y al ver á D. Pablo leer la carta de María, se hacen señales de inteligencia y se preparan para darle aplausos cuando acabe, creyendo que declama el final del drama. Todo segun lo indica el diálogo.)

CARL. (Ap. al Actor y los amigos de D. Pablo.)
Nos ha llamado.

PABLO. (Leyendo con voz entrecortada.)
»Adios, padre, y sé indulgente.
»Tú lo has dicho en ese drama:
»Está demente quien ama,
»y el loco no es delincuente.

ACTOR. ¿Qué hace? (Ap. á Carlitos.)

CARL. (Ap. al Actor.) Declama la escena.

PABLO. (Rompiendo la carta con furia.)
¡Así la he de hacer pedazos!
(Carlitos, el Actor y los amigos le dan un aplauso y le abrazan, sin comprender su verdadera situacion, ni dejarle dar un paso; D. Pablo, sorprendido al principio, los deja hacer y por fin los rechaza con violencia cuando lo indica el diálogo.)

CARL. ¡Enhorabuena!

ACTOR. Los brazos.

CARL. ¡Bravísimo!

TODOS LOS AMIGOS. ¡Enhorabuena!

PABLO. ¡Atrás! ¡Dejadme! ¡Apartad!

CARL. Justo; asi es la conclusion.

ACTOR. ¡Magnífica situacíon!

CARL. ¡Qué realismo!

ACTOR. ¡Qué verdad!

PABLO. ¡Por favor!...

CARL. Perfectamente.
PABLO. ¡Dejad que estalle mi furia!
¡Dejadme lavar la injuria
con sangre del delicuente,
del miserable raptor!
(Todos se manifiestan sorprendidos.)
CARL. ¡Cómo?
ACTOR. ¿No finge?
CARL. (Á D. Pablo.) ¿Qué pasa?
PABYO. Que mi hija huye de casa.
Que me roban el honor.
Que hoy el drama es realidad
espantosa que me abruma. crush.
Hoy no mato con la pluma,
hoy se muere de verdad.
¡Paso! (Corre hácia la verja.)
Ayudadme! ¡Corred!
(Todos se dirigen hácia la verja, que se abre repentinamente. Luis aparece en la puerta del jardin, seguido de María y de Ernesto. D. Pablo retrocede. Luis, María y Ernesto han de expresar con su actitud la lucha de afectos que indica el diálogo y cuya interpretacion confía el autor al talento de los actores.)

ESCENA ÚLTIMA.

D. PABLO, LUIS, MARÍA, ERNESTO, CARLITOS, DOÑA AMOR, y los Amigos. Despues JUSTO, ANTONIO y dos ALGUACILES.

PABLO. ¿Luis!
LUIS. (Con tono frio y disimulando su emocion.)
¿Á qué viene ese ruido?
PABLO. ¡María!
LUIS. (Señalando á Ernesto.) Y su prometido.
PABLO. ¡Infames!
(Hace ademan de precipitarse sobre María y Ernesto.)
LUIS. (Ap. á D. Pablo.) (¡Cállese usted!)
(Alto.) Basta ya de buen humor.
La farsa va á terminar.
Mi padre quiso probar

que es un excelente actor.
Mas las bromas de esta clase
conviene que duren poco.

CARL. ¿Conque era broma?

PABLO. (Ap. á Luis.) (¿Estás loco?)

LUIS. (Alto á D. Pablo.)
Por si alguno lo dudase
y puesto que álguien lo ignora,
anuncie usted que mañana
han de casarse mi hermana
y Ernesto de Rocamora.

JUSTO. (Llega por el foro precipitadamenie; trae baston de autoridad y viene seguido de dos Alguaciles, que no aparecerán hasta el momento oportuno.)
No es posible enlace tal
que fuera un pacto maldito.
(Todos se vuelven con sorpresa hácia Justo.)

PABLO. ¡Justo!

JUSTO. No. El Juez del distríto
que reclama á un criminal.
(Señala á Ernesto con el baston.)

TODOS. ¡Ernesto?

JUSTO. Que la cadena
arrastró ya por falsario.
¡Ese hombre es un presidiario convict
fugado de Cartagena!
(Movimiento general de sorpresa. Salen los Alguaciles.)

MARIA. ¡Jesús!

ERN. (Sacando un puñal.) ¡Paso!

ANT. (Saliendo por la puerta del jardin sujeta el brazo á Ernesto y le desarma. Rápido hasta el final.)
Y yo, ¿soy manco?

ERN. ¡Tú?

ANO. Yo he sido el delator accuse
y tú el falsificador
de los billetes del Banco.

JUSTO. (Mostrando á Luis unos billetes.)
Los que él te dió.

LUIS. ¿Falsos!

JUSTO. Sí.
(Á los Alguaciles, que se acercarán á Ernesto.)

¡Llevadle!

PABLO. (Á María, cogiéndola de un brazo y haciéndola arrodillarse.)

¡Infame!

MARIA. ¡Piedad!

PABLO. Esa torpe liviandad
¿dónde la aprendiste?

MARIA. (Con súbita energía se levanta y, cogiendo el ejemplar del drama de su padre, se le muestra diciéndole con tono de dolorosa reconvencion:)

¡Aquí!

(Cuadro. Cae el telon.)

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.

La misma decoracion.

Al levantarse el telon, el Escribano, sentado delante de la mesa, escribe rápidamente. Justo, sentado tambien en una butaca y con la frente entre las manos. Sobre el pupitre de la mesa habrá unas coronas de laurel. La escena está alumbrada por la luz de una bujía.

ESCENA PRIMERA.

JUSTO y el ESCRIBANO.

JUSTO. Todo en calma. ¿Quién diría
que ruge el volcan oculto?
(Señalando hácia el foro izquierda.)
Allí María rezando
y llorando su infortunio.
Gemidos, preces y lágrimas...
Ha muerto su honor. Es justo.
(Señalando hácia el primer cuarto de la derecha.)
Allí don Pablo con fiebre...
pero ese siempre la tuvo.
¡Oh, gloria! ¡Cuántas miserias
lleva tu carro de triunfo!
(Al Escribano.)
¿Qué hora será? (Suenan las doce.)

ESC. Escuche usted.
Son las doce. Más en punto...

JUSTO. ¿Acaba usted?
ESC. (Escribiendo.) Sólo faltan
dos renglones... sólo uno...
Ya está con arreglo á fórmula.
(Le muestra el cuaderno de papel de oficio en que ha escrito.)
Oiga usted.
JUSTO. Ya me figuro.
ESC. Puede usted tomar si gusta
la indagatoria á ese tuno.
JUSTO. Allí está en el pabellon.
ESC. ...que no es sitio muy seguro.
Usted no quiere hacer caso;
mas yo le mandaba al punto
á buen recaudo.
JUSTO. Don Pablo
aún tiene esperanza.
ESC. ¡Iluso!
¿Esperanza?
JUSTO. De que Ernesto
sea inocente. Aseguro
que su calma imperturbable
me desconcierta.
ESC. Es muy cuco.
JUSTO. ¿Quién sabe si estimulados
por un celo inoportuno
habremos dado un escándalo
y en esta casa un disgusto?
¿Qué pruebas hay contra Ernesto?
ESC. Su letra.
JUSTO. Dato inseguro.
ESC. Su edad...
JUSTO. Es indefinible.
ESC. La *química* puede mucho,
mas ya *por los que son idos*
pone los pelos de luto.
JUSTO. (Ap.) (¡Y María amaba á ese hombre!)
ESC. Sus viajes por todo el mundo
sin objeto conocido,
su vida extraña, su lujo
asiático, son indicios...
JUSTO. Pero indicios muy confusos.

Esc. Los billetes que por falsos
rechazó el *judío*...

Justo. Suyos;
mas ¿quién prueba que él los hace?

Esc. Que los reparte es seguro.
Ademas ese criado
le reconoció...

Justo. Ese es uno,
y hacen falta dos testigos
para la prueba.

Esc. Por último,
vea usted las armas que usa.
Un puñal.
(Le muestra un puñal, que volverá á dejar sobre la mesa.)

Justo. ¿Y qué? ¿Es el único
que lleva armas de esa especie
sin ser criminal?

Esc. Barrunto
que usted siente lo ocurrido
un poco.

Justo. Lo siento mucho.
Cuando yo entré en esta sala,
invocando el nombre augusto
de la justicia, ignoraba
que cediendo á los impulsos
de su liviandad, María
el paternal umbral traspuso;
de otro modo...

Esc. En ese instante
ya el deshonor era público,
pues le pregonaba á voces
don Pablo hecho un energúmeno.
¿Qué se ha de hacer?

Justo. Un remedio
á tantas desdichas busco.
Si Ernesto fuera inocente...

Esc. Como yo fraile cartujo.
Ernesto de Rocamora,
banquero de *propio cuño*,
es el confinado Pedro
Montero, el falsario astuto

que huyó á Santiago de Cuba
el año setenta y uno.
El que por borrar su huella
discurrió hacer el difunto
resucitando en París
de profesor de dibujo
y, huyendo de sus laureles,
llegó por el mes de Junio
á esta Córte, donde vive
como un embajador ruso,
por la gente conocida
admitido en el gran mundo
que, viendo un frac, no averigua
si el que le lleva es un tuno.

JUSTO. Si es así, ¡pobre María!

ESC. Á lo hecho pecho, don Justo.
Esta causa será célebre
y le valdrá de seguro
una toga.

JUSTO. ¿Usted no sabe
lo que son nervios?

ESC. No uso.
¡Un Escribano con nervios,
que debe ser todo músculos!

JUSTO. (Ap.) (¿Por qué no hizo Dios como éste
todos los hombres de estuco?)

ESC. ¿Tomamos la indagatoria?

JUSTO. (Viendo á Luis que llega por la primera puerta derecha.)
Vaya usted. Le sigo al punto.
(Váse el Escribano por la puerta del jardin.)

ESCENA II.

LUIS y JUSTO.

LUIS. Justo. Por última vez
oye.

JUSTO. ¿Qué quieres?

LUIS. ¿Qué quiero?
Hablar con el caballero
sin que nos escuche el Juez.

JUSTO. Sin duda no has advertido,
pues al Juez has lastimado
que desempeña el Juzgado
un caballero cumplido.

LUIS. Perdóname. Á tal extremo
he llegado que estoy loco.
No creas que te provoco.

JUSTO. Ni lo creo ni lo temo.

LUIS. Mi pobre padre, ni aun cuenta
se da de lo que ha pasado.
Allí está enfermo, abrumado
con el peso de su afrenta.
Hasta he llegado á creer
que su razon desvaría,
pues quizás piensa en María,
pero nombra á otra mujer.
Esta horrible situacion
no se debe prolongar.
Tú ¿me quieres auxiliar?

JUSTO. Con todo mi corazon.

LUIS. El que aleve y temerario
de aquí salió con mi hermana,
quiero que sea mañana
su marido ó mi adversario.

JUSTO. Loco estás.

LUIS. Creo que sí.

JUSTO. Lo que intentas no ha de ser.
Ántes del amanecer
Ernesto saldrá de aquí.
La Ley fijará la suerte
de ese hombre.

LUIS. Para el raptor,
en las leyes del honor
no hay más que pena de muerte.

JUSTO. ¿Qué honra te diera un combate
con Ernesto?

LUIS. He decidido
no pensar que es un bandido
hasta despues que le mate.

JUSTO. Bien. Un duelo, en que el malvado
que merece ir á presidio
gana con un homicidio

la patente de hombre honrado,
y si al acaso le plugo
que el ofensor quede en tierra,
gana el otro en buena guerra
la credencial de verdugo.
El escándalo es mayor
y anda el honor por el suelo;
mas ¿qué importa? Ha habido un duelo
y el duelo es *lance de honor.*

LUIS. Y ¿tu justicia qué haría?

JUSTO. Castigar al delincuente.

LUIS. ¿Pregonar judicialmente
la deshonra de María?
¿Consignar en el papel
que Ernesto es un vagabundo
cuando sabe todo el mundo
que María huyó con él?
¿Cómo lo he de permitir,
si soy capaz de matar
al que se atreva á pensar
lo que quieres tú escribir?
Ni el decoro de una dama
ha de someterse á juicio,
ni sirve el papel de oficio
para remendar la fama.

JUSTO. Si en el alma no hay virtud
por los labios suele andar,
y es que, llegando á enfermar,
sólo se habla de salud.
Me place encontrarte austero
y, pues las leyes no ignoras,
de seguro que á estas horas
has pagado á un usurero,
sin duda calumniador,
que al acudir á un Juzgado
en su querella te ha dado
el nombre de estafador.

LUIS. ¡Justo!

JUSTO. Ese hombre estuvo aquí,
y como yo le pagué
con billetes falsos que
Ernesto te dejó á tí,

sospechando con razon
que era engaño preparado,
desde aquí fué á su Juzgado,
pidió el auto de prision,
y será curiosa escena
ver en cárcel infamante
al que es tan intolerante
celoso de la honra ajena.

LUIS. ¡Qué dices?

JUSTO. Que á lo mejor
verás cómo el lance acabas
en la cárcel; tú que andabas
buscando lances de honor.

LUIS. Ántes morir.

JUSTO. Ese Juez
es mi amigo, y con urgencia
me anuncia la providencia
que le han pedido otra vez.
(Entrega á Luis una carta.)

LUIS. Dame. (Leyendo.) «Mayor dilacion
»no es posible. Aunque lo siento,
»en este mismo momento
»doy el auto de prision.»
¡Oh, qué vergüenza, Dios mio!
(Á Justo.) Sálvame, Justo.

JUSTO. Eso quiero,
pero hace falta dinero,
que es lo que busca el *judío*.

LUIS. ¿No tienes?

JUSTO. Si yo tuviera
ya te lo hubiese prestado.
Mas tu padre...

LUIS. Está enfadado
conmigo...

JUSTO. No obstante.

LUIS. Y fuera
ociosa la peticion.
No tiene dinero...

JUSTO. Sí.

LUIS. No tal.

JUSTO. (Señalando al pupitre, sobre el cual están las coronas de laurel.)

Delante de mí,
en ese mismo cajon
y por cierto en numerario,
guardó ayer de veinte á treinta
mil reales, que á buena cuenta
le mandaba el empresario.

LUIS. Sí. Ayer vino un don Eugenio
que está en la Contaduría.

JUSTO. (Señalando á las coronas que están sobre el pupitre.)
Y estas coronas traía
que arrojaron al proscenio
para el ilustre escritor.
(Luis escucha distraido, mirando fijamente al pupitre.)
Tu padre te salvará.

LUIS. Pero ¿esa suma?...

JUSTO. (Tristemente.) Era toda
para el ajuar de... una boda
que no se efectuará.
Don Pablo te quiere.

LUIS. (Distraido é inquieto.) ¡Oh!

JUSTO. Suplícale.

LUIS. (Ap.) (No es preciso.
Yo saldré del compromiso.)

JUSTO. ¿En qué piensas?

LUIS. ¡Qué se yo!

JUSTO. No sé qué creo leer
en tu rostro demudado.

LUIS. ¡Justo!

JUSTO. Ignoro qué has pensado,
pero malo debe ser.

LUIS. En mi desdichada suerte;
en mi padre y en María,
en su deshonra y la mía.

JUSTO. ¿Y, acaso, en darte la muerte?
¡Un proyectil en la sien
para arreglarlo es buen modo!...

LUIS. Estoy decidido á todo.

JUSTO. ¿Á todo? Sé hombre de bien.

LUIS. Justo. Ya basta.
(Ap.) (¡Hay momentos

en que huyera de la gente
á ser de cristal la frente
y verse mis pensamientos!)

JUSTO. ¿Qué intentas?

LUIS. Aún no lo sé.

JUSTO. Piensa en tu padre; en tu hermana.

LUIS. Por ella quiero mañana
estar libre y lo estaré.
(Llega Antonio por el foro.)

ESCENA III.

DICHOS y ANTONIO.

ANT. Señorito. (Á Luis.)

LUIS. ¿Qué sucede?

ANT. Que vaya usted á su cuarto
en seguida.

LUIS. ¿Quién me llama?

ANT. Su amigo de usted, don Cárlos.

LUIS. ¿Él, otra vez y á estas horas?
¿Qué habrá ocurrido?

ANT. Algo malo.

JUSTO. (Á Luis.) ¿Traerá el dinero?

ANT. (Ap.) (La cara
es de no tener un cuarto.)

JUSTO. Mira, á ver...

LUIS. (Ap.) (Si no lo trae,
esta noche es necesario
que yo coja ese dinero
aunque me abrase las manos.)
(Váse por el foro.)

ESCENA IV.

JUSTO y ANTONIO.

JUSTO. ¿Has hecho lo que te dije?

ANT. Sí señor; dentro de un rato
estará el coche á la puerta,
mas, si usted se va, me márcho
tambien, porque en esta casa

va á suceder algo malo
en cuanto la señorita
quede sola con don Pablo.

JUSTO. No temas nada, María
saldrá de esta casa.

ANT. ¿Cuándo?

JUSTO. Al momento y en el mismo
carruaje que has avisado
irá con Sor Magdalena.

ANT. ¿Pero esa?...

JUSTO. Aceptó el encargo
de acompañarla hasta casa
de su tia doña Amparo.
Allí vivirá María.

ANT. ¿Mientras la perdona el amo?

JUSTO. Si no se logran perdones
se evitarán arrebatos.
¿Y doña Amor?

ANT. La del humo.
Por la chimenea acaso.

JUSTO. ¿Huyó?

ANT. Mañana es domingo;
ella se untaba de blanco,
y las viejas que se pintan
van á Barahona el sábado.
Esa es mala.

JUSTO. Y tú, ¿eres bueno?

ANT. Ya sé que no soy un santo.
Cierto es que vendí una llave
por unos billetes falsos,
mas creí que se trataba
de una boda, á que don Pablo
se oponía, y que en el lance
intervendría el Juzgado.
Como usted me echó de casa,
el otro tira de largo,
y el amo dice en sus libros
que en amores no hay pecado,
que el cielo es *guasa*; el infierno
una *filfa*, y aquí abajo
hay que pasar buena vida
para no llevarse chasco,

yo dije: «Ya que no peco,
»y si peco, ya que el amo
»dice que no se castiga
»á nadie en *el otro barrio*,
»adelante, y mucha broma,
»venga el dinero y andando.»
Él es sabio.

JUSTO. Hace gran falta
un presidio para sabios,
y una gran casa de tontos
para quien los hace caso.
Pero, vamos á otro asunto.
¿Quién es Ernesto?

ANT. Un penado
que conocí en Cartagena
hace cosa de seis años.
Estaba en la Mayoría
y se escapó, ó le indultaron,
y no había vuelto á verle.

JUSTO. ¿Y si te has equivocado?

ANT. Estoy seguro. Es el mismo.
Le llamaban el Cubano.

JUSTO. ¿Por qué estuvo en el presidio.

ANT. Por hacer letras... de cambio.

JUSTO. Y ¿habiéndole conocido
nada dijiste á don Pablo?

ANT. Dudé al verle esta mañana,
y todo el dia he pasado
diciendo: «Yo he visto á ese hombre
»mas no sé dónde ni cuándo.»
Despues me habló, y mis sospechas
y mis dudas aumentaron;
pero unas frases que usted
le decía al escribano,
hablando de esos billetes
que habían salido falsos,
trajeron á mi memoria
el Penal, los presidiarios
la Mayoría y á Pedro...

JUSTO. ¿Que es el preso?

ANT. Á no dudarlo.

JUSTO. Faltan pruebas.

ANT. Yo las tengo.
Al *enjaular* á ese *pájaro*
ví que tiraba algo al suelo
con un movimiento rápido.
Como la noche es oscura
me ha costado algun trabajo
encontrar esta cartera
que merece un buen hállazgo.
(Le entrega una cartera grande, que Justo examina.)

JUSTO. Dame... ¿Billetes?

ANT. De pega.

JUSTO. Algun oro...

ANT. Y todo intacto.
Quiero ser bueno.

JUSTO. ¿Eres bueno
ó crees que el oro es falso?

ANT. Desde hoy empiezo otra vida.

JUSTO. Harás bien; que el hombre malo
es como el fuego; entre ruinas
se ahoga por hacer daño.
(Saca de la cartera un billete cerrado y rompiendo el sobre añade:)
¿Aquí una carta cerrada
con sobre para don Pablo?
Qué es esto? (Lee un poco.)
¡Oh! (Á Antonio.) Déjame solo.

ANT. Mas...

JUSTO. Vete.

ANT. Pero...

JUSTO. Lo mando.

ANT. Está bien.
(Váse por la segunda puerta de la derecha.)

JUSTO. ¡Pobre María!
No hay esperanza. Veamos.

ESCENA V.

JUSTO, leyendo la carta.

«Lee una historia sombría
»que arranqué del alma mia

»y estampé en este papel
»para que llores sobre él
»por el honor de María.

—

»Magdalena, allende el mar,
»era un faro, un luminar;
»dos ojos de fuego puro,
»sobre un corazon más duro
»que el Peñon de Gibraltar.
»Casó con ella un pobrete
»que á los seis meses ó siete
»ya no tenía dinero,
»sentó plaza de banquero
»y le echaron un grillete.
»¿Y ella?... ¡Cómo el arrebol
»de aquella cara de sol
»palideció!... pero luégo
»brilló más y dejó ciego
»á un emigrado español.

.....

»Terminada su condena
»del Penal de Cartagena
»un presidiario volvía,
»y halló en una losa fría
»el nombre de Magdalena.
»Trémulo, espantado, yerto,
»cruzó el páramo desierto
»y cuando llegó á poblado
»un cura mal informado
»le mostró una fé de muerto,
»mas su llanto de amargura
»cayó sobre una impostura;
»aquel escrito mentía
»igual que la losa fría
»pues, bajo la arboladura
»de un buque y en alta mar
»se vían centellear
»dos ojos, con fuego impuro,
»sobre un corazon mas duro
»que el Peñon de Gibraltar.
»Pero el crímen deja huella;
»Magdalena era muy bella,
»su marido la adoraba

»y, como solo pensaba
»en reunirse con ella,
»una noche fué en secreto
»con el *romántico* objeto
»de abrir la tumba querida
»y exhalar su triste vida
»abrazado á un esqueleto.
Á poco lanzaba un grito
»fiero, estridente, inaudito,
»¡allí no estaba su esposa
»y era solo, aquella fosa,
»sepultura de un delito!

.....

»Pasó el tiempo... En un sendero
»hallaron á un pasajero
»con el cráneo destrozado
»y un testamento firmado
»por un tal Pedro Montero.
»Aunque el Juez lo aseguró
»no era Pedro el que murió;
»era un hombre á quien maté
»porque tu cómplice fué.
»Pedro Montero soy yo.
»Por sacrílega artería,
»la mujer que fué tan mía
»ví en tus brazos como ajena.
»Tú robaste á Magdalena
»y yo te robo á María.
»Pablo. Traicion por traicion.
»Comienza tu expiacion
»pues hoy quiere mi fortuna
»que te arranque una por una
»las fibras del corazon.»
(Guardando la carta dice:)
Don Pablo, ilustre poeta,
¿era esta historia el motivo
de tu carácter esquivo
y tu tristeza secreta?
Y, siendo tú un Belcebú,
decías inexorable
que el mundo es un miserable.
¡No! ¡El miserable eres tú!

La luz del genio eminente,
si está el corazon dañado,
es un cuchillo afilado
en las manos de un demente;
y tú, impregnado en veneno
de tu pecho, le esgrimías
á traicion por que tenías
tristeza del bien ajeno.
(Sale María por el foro.)

ESCENA VI.

JUSTO y MARÍA.

MARIA. (Avanza con timidez y enjugándose los ojos.)
¡Justo!
JUSTO. ¡Lloras?
MARIA. Por lavar
con lágrimas la honra mia.
JUSTO. Para eso no bastaría
con toda el agua del mar.
MARIA. ¡Perdon!
JUSTO. ¡Perdonar! No puedo
mas que odiarte. ¡Te he querido!
MARIA. Proteccion no más te pido.
Soy mujer y tengo miedo.
JUSTO. ¿Miedo? ¡Afecto singular!
¿Quién lo había de decir?
¿Tienes miedo de morir
y valor para pecar?
MARIA. Mi cuerpo no está manchado.
JUSTO. ¿Qué es la mísera envoltura
donde yace un alma impura
entre el cieno del pecado?
MARIA. (Tratando de besarle la mano.)
Ten piedad de mi dolor.
JUSTO. (Retirando la mano.)
¡Oh! Déjame; te lo ruego,
que siento aquí (Por el corazon.)
todo el fuego
del infierno de tu amor.
Yo adoraba... (Esto era ayer,)

no la forma... (Vale poco.)
Yo adoraba como un loco
*sólo el alma de tu sér.
*Ayer hubiera ofrecido
*por tu amor mi vida entera,
*hoy la vida, el alma diera
*por no haberte conocido
*y, si tu amor á traicion
*le oprimiese en torpes lazos,
*por vergüenza y á pedazos
*me arrancaba el corazon.

MARIA. Implacable siempre has sido.

JUSTO. ¿Quién lo fué más de los dos?

MARIA. Dios perdona.

JUSTO Pero es Dios,
y yo era tu prometido.

MARIA. Ante un cadáver inerte
mi labio te prometió
un afecto que nació
en presencia de la muerte.
Quise amarte por deber,
pero el amor ofrecido,
ante la muerte nacido,
había muerto al nacer.
Hoy la corona de azahar
no soy digna de ceñir
y en un claustro he de morir...
cuando acabe de llorar.

JUSTO. ¿Quieres ser monja? ¿Á qué fin?
¿Tú crées que se va al cielo
sólo con tomar el velo
y murmurar en latin?
Soldado que no se bate
no mendigue la victoria
que, hasta en el cielo, la gloria
es el premio del combate.
(Conduciéndola hasta la segunda puerta de la derecha y señalando al interior, añade:)
Allí está á la cabecera
del lecho de un moribundo
esa mujer que en el mundo
ha sido una aventurera.

MARIA. Al verme se conmovió.
JUSTO. Antonio me lo ha contado.
MARIA. ¿Y tú?
JUSTO. Yo la he interrogado.
MARIA. ¿Qué dijo?
JUSTO. Solo escribió
que á vida tan deprabada
poner fin quiso su hastío
y, cierta noche, de un rio
la sacaron medio ahogada.
Sus penas quiso expresar,
mas con emocion tan ruda
se había quedado muda
y ni aun se pudo quejar.
De su criminal delirio
por tal suceso advertida,
quiso ganar en la vida
la corona del martirio.
Es digno de imitacion
su ejemplo.
MARIA. Le seguiré.
JUSTO. Lleva tu cruz, que ese fué
el signo de redencion.
Si áun vive el amor fatal
que por Ernesto sentiste,
gástale en querer al triste
que llora en el hospital
y, si hoy te desprecia el mundo,
te mirará reverente
aunque beses tiernamente
los labios de un moribundo.
Ahora es forzoso dejar
esta casa y al momento.
MARIA. Sí; ya conozco tu intento.
JUSTO. Un coche mandé á buscar.
MARIA. ¡Cuando pregunte mañana
mi padre?...
JUSTO. Diré que has ido,
porque yo te lo he exigido,
á la casa de su hermana,
y que te debe dejar
á su lado un mes ó dos,

pues allí se cree en Dios
y aprenderás á rezar.

MARIA. ¡Oh sí!

JUSTO. Es muy tarde, María.
Vete al punto.

MARIA. Sólo trato
de recoger un retrato
de la pobre madre mia.

JUSTO. Despues con Sor Magdalena
sal al instante de aquí.

MARIA. ¡Justo! ¿Me perdonas?

JUSTO. (Con efusion.) Sí.
Hermana mia. Sé buena.
(María entra en el segundo cuarto de la derecha.)

ESCENA VII.

JUSTO; despues el ESCRIBANO.

JUSTO. (Enjugándose los ojos.)
¿Esto es llanto de amargura?...
¡Ea! Basta de flaqueza.
¡Pablo! Sembraste impureza
y germinó desventura.

ESC. (Que sale por la puerta del jardin.)
Don Justo. ¿Viene usted?

JUSTO. Sí.
Ese hombre es el presidiario.

ESC. ¿Lo ve usted?

JUSTO. Es necesario
sacarle al punto de aquí.

PABLO. (Gritando dentro.)
¡Á mí! ¡Infames!

ESC. (Escuchando.) ¿Es locura?

JUSTO. No.

ESC ¡Gritan de una manera!
¿No es don Pablo?

JUSTO. Es una fiera
que tiene la calentura.
(Vánse Justo y el Escribano por la puerta del jardin.)

ESCENA XIII.

D. PABLO, solo.

Sale por la primera puerta derecha con el vestido en desórden y manifestando agitacion febril y suma debilidad.

¡Á mí!... ¡Me ahogo!... ¡Me muero!
No sé cómo llegar pude
á esta sala... Nadie acude
á mi grito lastimero!...
¡Ay de mí!... Mi frente abrasa...
Nadie... ¿Duermen!... Sí así fuera;
si esa gente hoy se durmiera
pegaba fuego á la casa
y, por la roja espiral,
del incendio, coronado,
tendría mi honor manchado
espléndido funeral.
Á mi lecho de dolor
nadie llegó... En torno mio
sólo flota en el vacío
el cadáver de mi honor.
Llamo y nadie me responde...
Sólo zúmba en mis oidos
algo así como quejidos
que brotan no sé de dónde,
y más que todos resuena
y desgarra el alma mia
aquel grito de agonía
que profirió Magdalena.
Alejaos de la mente
fantasmas de mi pasado,
que para ser desdichado
me basta con lo presente.
¡María! Mística palma
á quien mi afecto dió vida
en la arena enrojecida
del desierto de mi alma;
*ya tu sombra no hallará
*el errante peregrino,

*y en el árido camino
*asfixiado morirá.
De tu conducta liviana
público es el arrebato;
inevitable el relato
con escándalo mañana.
Mañana el mundo crüel,
por ver manchada mi frente,
arrancará irreverente
mi corona de laurel.
Para ser tan desdichado,
¿qué hice yo?
(Al dar un golpe sobre la mesa, tira al suelo los libros que hay sobre ella.)
¡Qué es eso?... ¡Oh, sí!
Esos libros que escribí
parece que han contestado,
(Coge uno del suelo.)
¡Oro, miserable escoria
que codicié con desvelo
cuando brillaba en el cielo
la alborada de mi gloria!
¡Maldito seas, maldito!
Por tí lascivias pinté;
con el vicio comercié,
y es tan grande mi delito
como el de Judas ó más;
vil mercader del decoro
yo por un puñado de oro
vendí el alma á Satanás.
¡Oh, cuánta lúbrica escena
mi aleve pluma trazó
en estas páginas...
(Abre el libro y figura ver en la primera página el retrato de Magdalena.)
¡Oh!
¿Un retrato? ¡Magdalena!
(Deja caer al suelo el libro y la bujía que cogió para ver mejor el retrato. La luz se apaga y la escena queda iluminada solamente por la claridad de la luna que, penetrando por la puerta del jardin, se proyecta sobre la segunda de la derecha.)

¡Ella!... La luz se ha apagado.
¡Yo sueño!... Esa imágen flota
sobre mi conciencia y brota
de mi espíritu agitado.
¡Ay de mí? ¡Qué malo estoy!
(Llamando con voz débil.)
¡María! ¡Á mí! Desfallezco.
(Se deja caer sobre el sofá. María y Antonio salen por la segunda puerta de la derecha. D. Pablo al verles, iluminados por la luz de la luna, se incorpora y va á llamarles. mas se detiene al oir lo que María dice á Antonio.)

ESCENA IX.

D. PABLO, MARÍA y ANTONIO.

MARIA. (Á Antonio.)
Haz lo que he dicho.
ANT. Obedezco.
MARIA. Si está el coche, al punto voy.
(Váse Antonio por el foro. María avanza hasta la primera puerta de la derecha y D. Pablo, oculto en la oscuridad, escucha con ansiedad creciente.)
¡Padre! Allí yace postrado.
No has de hallarme al despertar.
Dios te quiera perdonar
todo el mal que me has causado.
PABLO. (Ap.) ¡Oh! ¿qué dice!
MARIA. El alma mia
era un piélago sereno
y algo de cieno en su seno
retratado se veía.
Cogí un libro una mañana...
Al empezar á leer
era una honrada mujer;
al fin, una cortesana.
Y tú, padre, eras autor
de aquel libro malhadado...
PABLO. (Ap.) (¡Yo sueño!)
MARIA. Me has apartado

de la senda del honor.
Son injustos tus enojos.
Yo mi extravío no niego,
mas ¿qué culpa tiene el ciego
si le abrasaste los ojos?

PABLO. (Ap.) (¡Brota de mi corazon
á torrentes, dolor mio;
llena el mundo y el vacío
y hasta el cielo en la explosion!

MARIA. Padre, te voy á dejar.
Mucho me hiciste sufrir.
No te quiero maldecir
pero no te puedo amar.

PABLO (Lanzándose sobre María, la coge con furia de un brazo. Ella forcejea por desasirse.)
¡Miserable!

MARIA. ¡Vírgen santa!
¡Piedad!

PABLO. No la he de tener
y mis manos van á ser
dogal para tu garganta.

MARIA. ¡Padre! (Gritando.) ¡Favor!

PABLO. ¡Maldicion!
Has despertado á la hiena.

MARIA. (Gritando.)
¡Socorro! ¡Á mí!
(Rechaza á D. Pablo con un esfuerzo supremo y huye. D. Pablo va á seguirla y retrocede al ver á Magdalena que aparece en la puerta de la derecha iluminada por la claridad de la luna y, mostrándole la cruz que lleva al cuello, señala al cielo. María váse por dicha puerta.)

PABLO. (Da un grito y cae de rodillas.)
¡Magdalena!
¡No es posible! ¡Es ilusion!
Sueño... Deliro... ¿Por qué
me persigues, sombra airada?
¡Huye! ¡Vete!
(Se cubre el rostro con las manos para no ver á Magdalena. La luz de la luna cesa de iluminar la escena. Magdalena entra en el segundo cuarto de la derecha y cierra la puerta.)

(D. Pablo levanta la cabeza y añade:)

Sombra... Nada.
Ya se aleja... ya se fué.
Tengo miedo... siento frio...
¡Hijo!... ¡Ven! Tú eres honrado.
Que mi acento desolado
no se pierda en el vacío.
(Queda postrado y casi desfallecido detrás del sofá que está á la izquierda.)

ESCEAN X.

D. PABLO, LUIS y CARLITOS.

Los últimos salen por el foro andando con precaucion. Luis trae una linterna de mano.

CARL. No vaciles. (Á Luis, á media voz.)
LUIS. (Á Carlitos.) Vete ya.
CARL. Coge á tu padre el dinero.
Paguemos al usurero
y mañana... Dios dirá.
PABLO. (Incorporándose con trabajo escucha y dice aparte:)
(¡Yo deliro! ¡Esto es locura!)
LUIS. (Dirigiéndose hácia la mesa, sobre la cual están las coronas de laurel.)
Aquí el dinero guardó.
CARL. Mira si está abierto.
LUIS. (Reconociendo la cerradura del pupitre.) No.
CARL. Se fuerza la cerradura.
LUIS. ¿Con qué?
CARL. (Cogiendo de la mesa el puñal que dejó el Escribano en la escena primera y entregándosele á Luis.)
Con este puñal.
LUIS. ¡El de Ernesto!
CARL. No seas tonto.
Allí espero. Acaba pronto.
(Váse por la puerta del foro. D. Pablo, oculto detrás del sofá, escucha á Luis con espanto y furor crecientes.)
LUIS. (Mirando en tornos.)
Nadie... Calma sepulcral.

PABLO. (Ap.) (Esto es una pesadilla!
¡No lo creo, aunque lo miro!)
(Mete algun ruido y se oculta.)

LUIS. ¿Quién va? No es nadie. Respiro.
La luz aquí en esta silla.
(Pone la linterna sobre una silla y empieza á descerrajar el cajon con mano temblorosa.)
¡Qué torpeza!

PABLO. (Ap.) (¡Infame accion!)

LUIS. (Deteniéndose de pronto, mira en torno con miedo.)
¡Álguien viene! ¿Qué ha sonado?
Oigo un ruido acompasado...
¡Necio! ¡Si es mi corazon!
(Coge las coronas que están sobre el pupitre y las tira al suelo diciendo con desprecio:)
¡Sus coronas!

PABLO. (Ap. incorporándose con trabajo y procurando que Luis no le oiga.)
(¡Todos viles!)

LUIS. ¡Hojarascas y oropeles!

PABLO. (Ap.) (¡Planté en cieno mis laureles
y asomaron los reptiles!)

LUIS. Ya cede.
(Abre el pupitre y apaga la linterna. Oscuro.)

PABLO. (Avanza hácia Luis vacilando y dice aparte:)
(¿Me habré quedado
sin fuerzas para matarte?)

LUIS. (Coge con la mano izquierda un bolsillo que habrá en el cajon y, sin ver á D. Pablo, añade:)
¡Padre! No puedes quejarte.
Tú me has desmoralizado.
En tus obras con fruicion
glorificaste el delito.
Yo leí lo que has escrito
y he aprendido á ser...

PABLO. (Precipitándose sobre Luis.) ¡Ladron!

LUIS. (Aterrado.) ¡Mi padre!

PABLO. ¡Mientes! Tu Juez.
¿Yo tu padre? Fuera mengua
y te he de arrancar la lengua
si lo dices otra vez.

LUIS. (Con desesperada resolucion.)

¡Sea! ¡Al infierno le plugo!

PABLO. De rodillas, miserable,
ante el Juez inexorable.

LUIS. Tú mi Juez? ¡Yo mi verdugo!
(Se clava en el pecho el puñal con que abrió el pupitre; vacila y cae sobre las coronas de su padre, que están en el suelo, sin soltar de la mano izquierda el bolsilo.)

PABLO. ¡Luis! (Le busca en la oscuridad.)

LUIS. Yo muero.

PABLO. ¡Maldicion!
¡Socorro! ¡Luces! (Gritando.)
(Se arrodilla al lado de Luis y figura reconocer que está herido.)
¡Herido!
¡Sangre!

LUIS. Es lodo... el que has vertido
dentro de mi corazon.
(Llegan precipitadamente María por la segunda puerta derecha, Justo por la del jardin y Antonio por el foro. Antonio trae una luz.)

JUSTO. ¡Luis!

MARIA. ¡Mi hermano!

LUIS. (Con voz débil y mostrando á D. Pablo el bolsillo que ha manchado con sangre de la herida.)
Al deshonor
tu talento... has... humillado.
¡Toma el oro ensangrentado,
digna paga del autor!
(Muere y se queda con el brazo rígido.)

PABLO. ¡Hijo! Dí que me perdonas.
De rodillas te lo pido.
¡Luis!

JUSTO. (Con voz opaca.) Es tarde. Ha fallecido.

PABLO. ¡Muerto!

MARIA. (Mostrando á D. Pablo las coronas que Luis holló al caer.)
Sobre tus coronas.
Mira tu obra.

PABLO. ¡Oh, Dios! ¡Qué espanto!

MARIA. (Coge del suelo una de las coronas, se levanta y dice á D. Pablo:)

¡Yo sin honra! ¡Sin vida él!
(Por Luis.) ¡Poeta, ciñe el laurel
empapado en sangre y llanto!

PABLO. (Con extravío.)
¡María!... ¡Él?... ¡Horrible escena!
¡Gloria!... ¡Sangre! ¡Oro... mucho oro!...
Dejadme... ¿Por qué no lloro?. .
Es gracioso... (Con risa nerviosa.)
(Quiere huir, y al volverse ve á Magdalena que ha salido por la derecha.)
¡Magdalena!
(Da una carcajada histérica y cae sobre el sofá. Antonio y Justo le sujetan.)

MARIA. ¡Loco!

JUSTO. ¡Dios tuvo piedad!
(Señalando á D. Pablo.)
Si hoy puede en su ceguedad
arrancar la vida á un sér,
más peligroso era ayer;
mataba á una sociedad.
(Cae el telon.)

FIN DEL DRAMA.

	TÍTULOS.	Actos.	AUTORES.	Prop. que corresponde
	cubierto de Valencia.....	3	D. F. Palanca y Roca..	»
	La cruz de plata.....	3	D. F. Palanca y Roca..	»
2 a.	La dama del Rey.....	3	Valentin Gomez.....	»
2	La evidencia.....	3	F. Perez Echevarría..	»
	La manta del caballo—c. o. v.	3	Pedro de Novo.	»
3	La rosa amarilla—c. o. v.....	3	Eusebio Blasco.....	»
4	Los laureles de un poeta.....	3	L. Cano y Masas....	»
2	Los niños y los locos.	3	Eusebio Blasco.....	»
2 a.	Reinar para no reinar—d. o. v.	3	José de Velilla.....	»
3	Una criolla—c. o. v.....	3	A. García Gutierrez.	»

ZARZUELAS.

2	El estudiantillo.....	1	Sres. Cuartero y Herndz.	L. y M.
3	En la prevencion—j. o. v.....	1	J. de Búrgos y Ángel Rubio.....	L. y M.
	La sombra de Carracuca.....	1	Llombart y Garrido..	L.
1	Lo que puede decirse, *parodia.*	1	D. Cárlos Mangiagalli...	M.
	Ladrones!.....	1	Sres. Cuartero, Amatriain y Ruiz.....	L. y M.
2	Los carboneros.....	1	Pina y Barbieri.....	L. y M.
3	Maestro de amor.....	1	Navarro y Alcalá Galiano.....	L. y M.
2	Por cambiar de domicilio.....	1	Olier.	L.
1	Quítese usted la ropa.	1	Mota y Mart. Rucker.	L. y M.
	Quiera usted á mi mujer.....	1	D. Cárlos Mangiagalli..	M.
	Skating Ring.....	1	Mariano Barranco...	L.
»	Un crímen misterioso.	1	Sres. Lastra y Valverde y Chueca.....	L. y M.
	Un maestro de obra prima...	1	Ruesga, Valverde, y Chueca.....	L. y M.
9 c.	¡Á los toros!.....	2	Vega, Valverde y Chueca.....	L. M.
	¡Bonito país!	2	Valverde, Breton y Chueca.....	M.
	El empresario de Valdemorillo.	2	R. Carrion y P. Dominguez.....	L. y M.
»	El laurel de oro.....	2	Rubio.....	½ M.
	El pájaro verde.....	2	D. Cárlos Mangiagalli..	M.
	Huyendo de ellas.....	2	Sres. Povedano, Navarro, Breton y Valle....	L. y M.
	Los Madriles.....	2	Ramos y P. Doming.	L. y M.
	Amapola.....	3	Lecoq.....	M.
	La aurora de un reinado.....	3	M. Godino y Casares.	L. y ½ M.
	La panadera del Campillo.....	3	Offenbach	M.
	Roger de flor, *ópera*.....	3	Capdepon y Chapí...	L. y M.
	Los sobrinos del capitan Grant.	4	D. M. Ramos Carrion..	L.

PUNTOS DE VENTA.

MADRID

Librerías de *La Viuda é hijos de Cuesta*, calle de Carretas: de *D. J. A. Fernando Fé*, Carrera de San Jerónimo: de *Don Leocadio Lopez*, calle del Cármen; y de *Murillo*, calle de Alcalá.

PROVINCIAS.

En casa de los corresponsales de la ADMINISTRACION LÍRICO-DRAMÁTICA.

Pueden tambien hacerse los pedidos de ejemplares directamente á esta *Administracion* acompañando su importe en sellos de franqueo ó letras de fácil cobro, sin cuyo requisito no serán servidos.